COMTE

Un pensador positivo

Cristina Redaelli

Aislado para toda la vida, en constante agitación por los reveses de una carrera académica desafortunada y perennemente afligido por matrimonios equivocados o fallidos, Auguste Comte (1798-1857) es el iniciador de una nueva ciencia: la ciencia positiva. Abandonando las fantasiosas pretensiones de la teología y la metafísica, los conocimientos humanos serán refundados en un saber orgánico y sistemático, aprobado por el rigor metodológico y firmemente anclado en los hechos. Mediante la razón científica, el proyecto positivista procederá a la reorganización de la sociedad europea entera, lo cual dará un nuevo orden político, una nueva jerarquía espiritual e incluso una nueva religión con un papa elegido: Auguste Comte.

Manuel Cruz (Director de la colección)

Comte

Un pensador positivo

Cristina Redaelli

Traducción de Textosbcn (Roger Renau)

© Cristina Redaelli, 2016
© Traduccion: Roger Renau para Textosbcn
© de esta edición, 2018 EMSE EDAPP S. L.,
C/ Rocafort 248 6º-1ª. 08029 Barcelona, España

Realización editorial: Bonalletra Alcompas, S. L.
Diseño de portada: Víctor Fernández y Natalia Sánchez para Asip, S.L.
© Ilustración de portada: Nacho García
Diseño y maquetación: Kira Riera
© Fotografías: Todas las imágenes de este volumen son de dominio público excepto las de págs 20, 27 y 45 © Nacho García..

ISBN: 978-84-135-4076-4
Depósito legal: B 2428-2018
Impresión y encuadernación: Impresia Ibérica
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Auguste Comte

«El amor como principio y el orden como base;
el progreso como fin.»
AUGUSTE COMTE, Système de politique positive

Un pensador sistemático

Comte es un pensador sistemático: le gusta la síntesis, el orden (sobre todo si es jerárquico) y, en especial, siente devoción por los sistemas, sólidos modelos teóricos que con una única ley pueden explicar cada cosa y cada pensamiento. Reducir la realidad a un único principio explicativo, con sus variantes y sus manifestaciones diversas, resulta un proyecto ambicioso. ¿Pero de verdad puede hacerse? La pregunta está en el aire.

Existen filósofos que se basan en las diferencias y otros que desean acabar con ellas. Estos últimos acusan a los primeros de no lograr ver la unidad de lo real; los primeros acusan a los segundos de inventársela. Es un clásico de la filosofía: ¿el ser es uno o múltiple? Seguramente las dos cosas.

Para Comte es, sobre todo, unidad: la realidad es una y una es su historia, y el filósofo tiene el encargo de encontrar las leyes que la forman y comunicarlas a la humanidad (que así lo espera). Se trata de una tarea urgente porque la humanidad, o al menos la sociedad europea de inicios del siglo XIX (y es la única parte de la humanidad que a Comte le interesa) se dirige hacia una nueva era, y además lo hace conscientemente y con orden. La nueva era se inicia con el positivismo, un movimiento filosófico y cultural que nace en Francia a principios del siglo XIX. Comte se encuentra entre los fundadores del movimiento, que se difunde durante todo el siglo por Inglaterra, Italia y Alemania. Entonces, ¿la nueva sociedad europea debe nacer de un nuevo pensamiento filosófico? Valiente deducción, aunque, según Comte, inevitable. La sociedad es fruto del acuerdo entre las mentes que comparten opiniones y creencias, y para reorganizar la sociedad se debe reorganizar de antemano el saber sobre el que se basa. Este es precisamente el primer punto en la agenda del proyecto positivista: un nuevo saber, orgánico y sistemático, que unifique y coordine los resultados de cada una de las disciplinas y que fije el conocimiento humano gracias a la observación de los hechos. Con una nueva ciencia positiva se podrá

construir una nueva sociedad, afianzada por el progreso industrial y guiada culturalmente por la razón científica y por una nueva religión, la humanidad, de la cual Comte ya ha elegido su máximo pontífice: él mismo.

Vida, obras y contexto: una existencia trabajada

Los estudios en la École Polytechnique y las turbulencias revolucionarias

Es el 19 de enero de 1798, pero en Montpellier, donde se producen los hechos que queremos narrar, ya casi nadie lo llama de esta forma. En Francia, durante esta época, enero se llama nivoso, o pluvioso si hablamos de finales de mes: se han revisado y cambiado los nombres de los días, meses y años. El resultado: estamos en el 30 nivoso del año VI[1].

Este día, entre muchas otras cosas significativas, en Montpellier nace Auguste Comte. El joven Auguste muestra una habilidad precoz por las matemáticas, asiste al «colegio ciudadano», donde se empiezan a conformar sus dudas sobre la fe católica y tiene un primer contacto con las ideas liberales y revolucionarias, hecho que desorienta a la familia, de tendencia católica y monárquica.

En 1814, ingresa en la École Polytechnique, si bien un año antes ya había pasado con éxito la prueba de admisión. Estos años de felicidad van a durar poco, pues en 1816 Comte debe abandonar el centro. Si no hubiese dirigido una revuelta estudiantil contra un profesor, lo que obligó a las autoridades gubernamentales a cerrar (temporalmente) la École, lo más probable es que Comte hubiese permanecido más tiempo en ella. Pero no parece que esto le importe demasiado a Comte, al contrario, lo ve como una oportunidad para cambiar de aires, y tras un breve periodo en Montpellier, decide irse a París. Sus padres, que acogen del mismo modo el abandono de los estudios como sus declaraciones republicanas, deciden negarle cualquier ayuda económica. Llegados a este punto, la situación empieza a ser menos

divertida. Por otro lado, Comte no es el único en Francia que vive momentos de incerteza; de hecho, durante los últimos años, el país atraviesa una fase llena de inseguridad.

En 1789 todo había cambiado tras el estallido de la Revolución. Eran tiempos de ebullición y lucha, de transformaciones a toda velocidad y de giros radicales. En pocos años, Francia se convierte en una república, la religión católica en una superstición y el terror es el pan de cada día. Para perder la cabeza. Sin tiempo para adaptarse a la situación, Francia es embestida por un nuevo huracán: Napoleón. Un ciclón que atraviesa las fronteras francesas e invade toda Europa.

En 1796 el joven Napoleón toma el mando del ejército francés en Italia y en 1804 es coronado emperador en Notre-Dame (o, mejor dicho, toma la corona de las manos del papa y se corona a sí mismo). En 1810 el Imperio francés domina media Europa. Pero Europa no se doblega y hace frente común contra el tirano: primero Napoleón es derrotado y mandado al exilio, luego vuelve a ser derrotado y otra vez enviado al exilio, pero un poco más lejos[2].

En Francia vuelve la monarquía borbónica y en Europa se restablece el antiguo orden. Al menos por un tiempo. Es la época de la Restauración: entre noviembre de 1814 y junio de 1815 las potencias europeas se reúnen en Viena para organizar el nuevo orden postrevolucionario[3]. En primer lugar, los gobiernos reunidos se declaran víctimas de la Revolución francesa y, sobre todo, de los abusos hegemónicos de Napoleón. ¿Y qué hacen? «Restaurar» (en parte) la situación anterior al vendaval revolucionario. Los legítimos soberanos pueden volver al trono, el orden jerárquico debe ser restablecido y resulta necesario garantizar (militarmente) el equilibrio y asegurar el mantenimiento del nuevo mapa geopolítico de Europa. Está claro que deben terminar todas esas historias sobre la igualdad entre las personas y la libertad de los pueblos. La gente no acepta tales propuestas y empiezan las movilizaciones: Europa en llamas.

Entre 1820 y 1821 estallan muchas revueltas contra los gobiernos restauradores: en España, en el sur de Italia, en el Piamonte, en Grecia y en Rusia; entre 1830 y 1831 llega una segunda oleada revolucionaria que, desde Francia (París), se extiende hacia Bélgica, Suiza, Polonia e Italia; en 1848 la

«primavera de los pueblos» alcanza toda Europa. No todas las revueltas tienen éxito (de hecho muy pocas consiguen cambiar apenas nada), pero aun así llega el fin de la Restauración.

Volvamos con Comte. Retrocedamos hasta 1816: la aventura napoleónica ha terminado y se vive en la incertidumbre, si bien a Comte no le convence ninguna de las partes. Por un lado están los conservadores, que intentan restablecer el antiguo orden, el mismo que provocó la crisis revolucionaria; por el otro, los anarquistas rechazan cualquier orden y están dispuestos a destruirlo todo sin construir nada. Las ideas de orden de los primeros y las ideas de progreso de los segundos son radicalmente opuestas, y el continuo choque entre el espíritu conservador y el revolucionario impide superar el momento de crisis. Se entra en una situación de impasse. Es necesario un plan de acción.

Comte siente la crisis de su época y elabora un análisis detallado en el que expone su opinión para superarla. Pero de esto ya hablaremos en los próximos capítulos. Ahora centrémonos en las vicisitudes del joven Auguste, que debe afrontar sus incertezas laborales y sus problemas económicos.

Publicaciones (desafortunadas) y amores (terminados)

Henri de Saint-Simon.

Comte no tiene dónde dormir y está sin un céntimo. ¿Qué puede hacer? A lo mejor Auguste tiene algún recurso que pueda aprovechar: para empezar, dispone de una excelente formación gracias a sus años en la Polytechnique. Problema resuelto: clases privadas de matemáticas. Sin embargo, un año más tarde Comte encuentra un trabajo que le gusta mucho más: se convierte en el secretario de Saint-Simon. ¿Y quién es este? Algunos lo consideran el fundador del socialismo francés, otros dicen que es el padre del socialismo utópico, y otros llegan incluso a nombrarlo el creador del positivismo social. Y, aparte, era conde. Un intelectual con título. Muy elegante. Todo lo contrario de la realidad histórica y de la jerarquía que la gobierna: totalmente vulgar y obstinadamente insensata. Sin duda poco elegante. Para Saint-Simon, la sociedad no puede ser gobernada por una clase de «ociosos incapaces»: monarcas, nobles y burgueses, y tampoco por capellanes y militares, puesto que ya han perdido toda función social. Quien debe gobernar son aquellos que producen la riqueza de una sociedad, los sujetos que trabajan, «del peón más sencillo al industrial más rico, al ingeniero más inteligente».

> Si Francia perdiera los tres mil individuos que ocupan los cargos públicos, religiosos y administrativos más relevantes, el Estado no sufriría ningún daño, pues estas personas serían reemplazadas con facilidad. En cambio, si Francia perdiera sus tres mil científicos más cualificados, sus artistas y sus artesanos, caería rápidamente en un estado de inferioridad frente a las naciones con las que ahora rivaliza y permanecería en desventaja frente a

ellas[4].

Hace falta un nuevo sistema de pensamiento y de poder que sea funcional a partes iguales. Se trata de reorganizar la sociedad sobre la base de la ciencia moderna y el trabajo industrial: cerebros brillantes en la cúspide de la jerarquía, planificación de la producción, distribución de los productos según el trabajo realizado, todos los hombres son como hermanos, la violencia resulta innecesaria y toda acción es buena y razonable. Lo típico. Todo buen filósofo tiene el deber de proponer su proyecto personal. Este es el de Saint-Simon (o, al menos, un breve resumen). Así pues, Comte también deberá elaborar su proyecto. Es por este motivo que la colaboración entre Saint-Simon y Comte desempeña un papel tan importante, tanto por las ideas que comparten, como por sus discrepancias. Entre el joven Auguste y el sexagenario Saint-Simon se establece una profunda relación intelectual. Al cabo de un tiempo, Comte declarará que el encuentro con Saint-Simon le hizo un daño irreparable. Ya se sabe, los filósofos son criaturas volubles, sobre todo cuando se trata de opinar sobre otros filósofos.

Veamos qué sucedió. Al principio parecía que todo iba muy bien, Saint-Simon disponía de un secretario eficiente y Comte de un gran maestro. Pero un día de primavera de 1824 se publica la versión definitiva del Catecismo político de los industriales de Saint-Simon. En esta obra aparece un divertido capítulo titulado «Système de politique positive», elaborado por Comte. Comte había vendido su trabajo a su maestro y Saint-Simon lo había publicado dentro de su obra sin especificar el nombre del autor, el de Auguste Comte. Y este último no se lo tomó demasiado bien. El reconocimiento (público) de la propiedad intelectual es un tema sobre el cual los filósofos se muestran especialmente sensibles. Para Saint-Simon, el «Système de politique positive» trataba sobre el desarrollo final del industrialismo, mientras que para Comte era la primera parte hacia el positivismo. He aquí el origen de la discordia. Lo que debía de haber sido un intercambio con una mente maravillosa, se convirtió en una «amistad indeseable» con un «bufón depravado». Se acabó el juego. Como el joven Comte ya no quiere saber nada más de Saint-Simon, deberá buscarse otro trabajo. Trabajo, trabajo, siempre el trabajo… ¿no existe nada más? Sí, claro que sí.

omte.

Comte tiene 27 años: es hora de sentar la cabeza. La afortunada se llama Caroline Massin, una exprostituta que había conocido cuatro años atrás. Lo más probable es que Comte fuese cliente suyo. Se casan el 19 de febrero de 1825. Pero dejemos que sea el mismo Comte quien nos describa con palabras conmovedoras la feliz unión: «el único gran error de mi vida». La joven Caroline muestra enseguida poco aprecio a la fidelidad conyugal y un año después de la boda ya se ha marchado. El pobre Auguste se concentra en trabajar: en 1826 empieza con sus lecciones públicas (en su casa) del Curso de filosofía positiva, pero meses más tarde Comte deberá interrumpirlas porque sufre agotamiento nervioso. Entre la huida de su mujer y la sobrecarga intelectual, la salud de Comte cede y necesita concederse una estancia en una casa de reposo para recuperarse mentalmente. En 1829 dice estar como nuevo y vuelve a dar clases. Sin embargo, ya ha superado los treinta y ve que en el ámbito laboral le gustaría tener algo más seguro que los cursos informales en su casa. Una cátedra en la universidad, por ejemplo, no le iría mal. Al fin y al cabo estamos hablando de Auguste Comte, el mayor exponente del positivismo francés: de hecho, debería ser la universidad quien se lo pidiera. Él está convencido de ello. La universidad, por su parte, no tanto. Como primer intento pide la cátedra de análisis de la École Polytechnique: propuesta rechazada.

Luego lo prueba en el Collége de France para enseñar historia de las ciencias: tampoco. Vuelve a la politécnica, esta vez a por la cátedra de geometría, pero la Polytechnique es menos voluble que los filósofos y le vuelven a decir que no. No obstante, Comte obtiene una media victoria: la École le concede un puesto de profesor particular de análisis y mecánica, y

más adelante también de examinador. No se trata de una cátedra de prestigio (no lo es, está claro), pero hablamos de un salario de tres mil francos. Comte puede vivir con comodidad, aunque sin ostentación. El éxito se logra mediante las publicaciones y Comte no se hace de rogar a la hora de exponer su pensamiento al público.

Durante los años veinte publica algunas obras juveniles, aparecen artículos en Le Censeur, el Organisateur y en el Journal de Paris, pero es en 1830 cuando Comte publica por fin su obra maestra: el Curso de filosofía positiva. Un pequeño inconveniente: en julio estalla la Revolución y, a causa de las revueltas políticas, fallece su editor. Justo ahora que debe publicar su gran obra. Revolucionarios. En mal momento aparecen[5]. Pero Comte no cae en el desánimo y entre 1830 y 1842 logra publicar todo su trabajo: 1400 páginas en 6 volúmenes. Ha necesitado dedicación absoluta y una determinación de hierro, años de estudio, penurias y abnegación (y también agotamiento nervioso y ocho meses en una casa de reposo), pero por fin su obra sale a la luz. Y resulta un fiasco. El público no la aprecia. Su otra obra, el Discurso sobre el espíritu positivo, mucho más amena (y breve), irá un poco mejor, pero aparecerá en 1844 y se torcerá por otros motivos. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

Volvamos a los años treinta: Comte trabaja en la École Polytechnique a pesar de que no es el trabajo de sus sueños y se centra en la escritura del Curso de filosofía positiva. ¿Y qué ocurre con su vida privada? La última vez que hablamos de Caroline estaba abandonando el nido conyugal. Los años pasan entre huidas de la esposa. Comte angustiado y recuerdos nostálgicos de ambas partes. El matrimonio está hecho más de ortigas que de pétalos de rosa. Comte encuentra consuelo en la actividad intelectual (cuando los nervios aguantan) y también en las amistades.

Auguste Comte no es un hombre de carácter fácil, sin embargo entabla amistad con John Stuart Mill, agudo filósofo inglés con quien mantiene una activa relación epistolar. ¿De qué hablan? De positivismo. Cartas y más cartas durante años sobre este tema. El primer contacto (intelectual) ocurre en 1828: Mill lee el Système de politique positive de Comte y le encanta. Le gusta el análisis evolutivo de la historia de la humanidad, su laicismo de fondo, el rigor metodológico aplicado a la sociología y, sobre todo, la idea de una ciencia que conlleve el progreso. Es verdad que existen puntos de

desacuerdo: la tendencia al autoritarismo, la aversión al liberalismo, el rechazo absoluto a la libertad de pensamiento, los adjetivos no precisamente aduladores hacia las mujeres, la moralidad, la falta de interés por la realidad concreta, etcétera, son posiciones que sorprenden a Mill. Pero, al fin y al cabo, es lo que da vida a su relación: la polémica. Con el tiempo la relación se enfría un poco, luego revive la vieja llama (Mill está como loco por leer el quinto volumen del Curso de filosofía positiva), pero tras esto su comunicación se interrumpe en 1847. No hace falta decir que es Comte el que corta la relación. Mill se dirigía a Comte para intercambiar opiniones entre iguales, pero Comte interpretaba las cartas de Mill como el homenaje de un discípulo a su maestro, quien, a su vez, desde su torre de marfil le ilumina con la verdad (infalible). La relación tenía los días contados. Y así fue. Sin embargo, de todas las relaciones que mantuvo Comte con otro pensador, hay que reconocer que esta fue una de las más largas y profundas. Sí, decididamente Comte no tenía un carácter fácil. Pero debemos admitir que tampoco su vida lo fue.

Ahora, dejemos a un lado los dramas existenciales de Comte (los retomaremos más adelante) y volvamos al contexto. Ya hemos dicho que las revoluciones atraviesan Francia (y Europa) durante la primera mitad del siglo, pero no solo debemos fijarnos en la situación política.

Mientras los alemanes discuten sobre el idealismo, en Francia, y más tarde en Inglaterra, los filósofos debaten sobre los resultados de la investigación científica, y Comte está en primera línea. Sin embargo, en un honesto reconocimiento de los honores, cabe decir que la labor fue llevada a cabo principalmente por los científicos. Y entonces, ¿qué hicieron los filósofos? ¿Se dedicaron a elaborar teorías que otros ya habían trabajado? Bueno, siempre hay alguien que lo hace. ¿Ah, sí? ¿Por qué? Porque las personas son así, piensan lo que hacen y, si hay suerte, cuando lo piensan, logran hacerlo un poco mejor que antes. Pero a veces solo logran ser neuróticos (seguro que conocemos a alguien que ha estado ingresado en un centro durante ocho meses). Dejo al lector que decida hacia qué lado se inclina la balanza en la mayoría de los casos, si es que en este caso realmente se puede hablar de una balanza. Parece que el sentido común no es una condición imprescindible para que el filósofo reflexione, a veces nos gusta concedernos el placer de divagar en los límites de la insensatez, porque también forma parte del pensamiento humano. Reconocerlo sirve para

desdramatizar y aligerar el peso de nuestras conciencias. No corramos tanto, todavía tenemos cuatro capítulos por delante para divagar de forma «insensata». Volvamos a la ciencia y a los filósofos que piensan en ella, y hagámoslo con sensatez. Veamos qué opina el propio Comte.

Comte tiene las ideas claras sobre este tema: el progreso técnico-científico es el motor del progreso humano. Por un lado, los resultados de las ciencias y de las técnicas, y, por el otro, el arranque del sistema industrial, han mejorado el bienestar material y han aumentado la confianza en la capacidad del hombre y en el futuro de la sociedad. Pero es cierto que el progreso técnico-industrial no resulta gratis, de modo que la opinión de Comte es demasiado optimista cuando habla de los beneficios frente a los costes[6]: la ciencia funciona y funciona bien tal y como es, no hace faltar entender por qué. Ante todo debemos definir las condiciones (metodológicas, primero) que una disciplina tiene que cumplir para merecer el título de ciencia. Una vez hemos teorizado sobre cuáles son los deberes del método en la investigación científica, se trata de aplicarlo también en la sociedad. ¿Con qué objetivo? Para refundar la sociedad de forma científica.

El positivismo no solo quiere ser «la teorización de lo que ya han hecho los demás» (aunque hay quien piensa que habría sido mejor así), sino que también quiere ser el inicio de una nueva era: la era positiva. El objetivo de Comte es reorganizar toda la sociedad humana guiándose en la razón científica, en el progreso técnico-industrial y en una nueva religión, cuyo gran sacerdote, modestia aparte, sería él.

El último amor y el último Comte

Estamos en 1845. Comte se ha separado definitivamente de su mujer y ha perdido el cargo de examinador en la École Polytechnique. De ahora en adelante vive solo de la ayuda que recibe de Mill y de otros admiradores ingleses. Al menos es así hasta que Comte, con la diplomacia que le caracteriza, ordena a Mill que el subsidio sea permanente: los señores ingleses tienen el deber social de mantenerlo y él no puede llevar una vida digna si no aceptan establecer una cantidad periódica y considerable. Los señores ingleses dejan de ayudarle. Es el turno de los señores franceses. Su amigo (¿hasta cuándo?) Émile Littré, junto a un centenar de discípulos y admiradores, asumen la responsabilidad de ayudar económicamente al pobre Augusta. No parece que las cosas vayan especialmente bien, pero sin embargo resulta ser un «año sin igual».

En 1845 Comte conoce a su gran amor (no correspondido). La afortunada se llama Clotilde de Vaux, hermana de un antiguo alumno. Tiene treinta años, y está separada de su marido y gravemente enferma. Comte cae locamente enamorado de ella. Se declara «incapaz por culpa de lo que supera los límites del afecto y la amistad». Elegante perífrasis. No importa si ella no le hace caso, los filósofos no necesitan que algo sea real para construir a su alrededor elaborados viajes mentales. Y lo que construye Comte es una obra maestra: para Comte, Clotilde representa la «verdadera esposa», la «compañera de vida», la «madre de una segunda vida», la «influencia angelical» que le purifica el espíritu y amplía su pensamiento. Los dos se encuentran a menudo y se envían muchas cartas, pero en abril de 1846 ella muere.

Comte queda profundamente tocado y diviniza a su enamorada: la «virgen positivista», la «sacerdotisa de la humanidad», la «mediadora entre el Gran Ser y su sumo sacerdote» (o así le hubiera gustado al sumo sacerdote). Quizás, como afirma el propio Comte, el sentimiento por Clotilde puede que suavizara el carácter del filósofo. Nunca antes el poder del amor sobre las reflexiones filosóficas había sido tan eficaz.

Tras la muerte de Clotilde, Comte decide alejarse del mundo (real e

intelectual) y alimentar su investigación con las mejores ideas que puede encontrar: las suyas. Desde ahora en adelante no leerá nada y no debatirá con nadie, practicará una inflexible abstinencia hacia cualquier otro pensamiento que no sea el suyo y, de esta forma, alcanzará un estado perfecto de «higiene cerebral». El resultado del experimento es una desmesurada autoconfianza exenta de autocrítica: como vive solo de sus pensamientos, se olvida progresivamente del aspecto que estos muestran a otros espíritus diferentes al suyo. Considera sus conclusiones solo desde el punto de vista que estas le sugieren, y en consecuencia estas le parecen perfectas. Para él, no existe ninguna consideración que pueda presentarse bajo otro punto de vista. El resultado natural de una postura semejante es una gigantesca autoconfianza, por no decir presunción. Y la de Comte es colosal[7].

Clotilde de Vaux.

Por su lado, Comte cree haber alcanzado el punto álgido de su reflexión. En calidad de filósofo e historiador está convencido de que ha encontrado la verdad suprema y, ahora, se propone como el fundador de una nueva religión que esté alejada de las supersticiones irracionales del pasado y que sea la expresión perfecta de una nueva mentalidad científico-positivista: la religión de la humanidad. Comte se entusiasma con esta nueva misión y utiliza su gran capacidad de organización para construir un culto por completo, con todos sus dogmas, ritos, sacramentos, plegarias, santos e incluso un calendario. Resulta obvio que no podía faltar el clero, unos sacerdotes organizados jerárquicamente bajo el mando de una mente iluminada: Auguste Comte, Sumo Pontífice de la humanidad.

En 1852 publica el Catecismo positivista, pero esto es solo el principio; «antes de 1860», escribe Comte, «predicaré el positivismo en Notre-Dame como la única religión real y completa»[8]. La evolución de los eventos estuvo un poco por debajo de las expectativas: por lo demás, nemo propheta in patria. ¿Y en patria ajena? Allí sí que logra cierto éxito.

La bandera de Brasil, con el lema positivista «orden y progreso».

En Brasil, por ejemplo, logra un éxito clamoroso y el positivismo casi alcanza el rango de religión oficial del país (por poco): la Enciclopedia de las ciencias positivas se convierte en programa de estudio para las escuelas públicas. En 1891 se inaugura un templo en Río para celebrar el culto a la humanidad y el eslogan positivista «orden y progreso» aparece en el fondo azul de la bandera de Brasil. ¡Qué satisfacción! Aunque llegue un poco tarde para que Comte pueda disfrutarlo. Antes de languidecer en el ocaso de nuestro personaje (que, de hecho, será inminente), debemos tratar un último tema. La renovación religiosa solo es un punto en el amplio proyecto de reforma que se propone el positivismo: Comte está decidido a organizar toda la sociedad en todas sus facetas. No solo las formas de vida moral y religiosa, sino también las relaciones de producción económica y los fundamentos de las relaciones sociales del gobierno político. Podemos ver que no son temas nuevos, pero lo que cambia es el objetivo: Comte se dirige a las masas populares en competencia explícita y polémica con Marx.

Y Marx reacciona: «los filósofos no han hecho más que interpretar de diverso modo el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo»[9]. La

filosofía no puede limitarse a justificaciones teóricas, debe ser praxis revolucionaria.

No podía estar más equivocado, afirma Comte, quien piensa que primero debemos cambiar la mentalidad y el sistema de creencias sobre el que se sostiene la sociedad, y que la única reforma social válida es aquella capaz de transformar la forma de pensar. En segundo lugar; la acción sobre la realidad política tiene que ser mediante una reflexión filosófica (meditada) que incluya primero las leyes generales de la historia, luego los problemas de la situación actual, y finalmente una posible acción resolutiva para la instauración (y posiblemente también la conservación) de un nuevo orden (preferiblemente positivo). La no-intervención y pensar qué hacer antes de hacerlo no parece una mala idea, sin embargo, un exceso de cautela producida por una continua reflexión corre el riesgo de paralizar la acción. Por supuesto, hallar un punto medio no es una opción y el intercambio de críticas no tarda en llegar[10] Comte desprecia la absurda «actitud revolucionaria» de Marx, y este último critica la absurda «vía intelectual» que propone Comte como alternativa. Filósofos. Siempre dispuestos a echar por tierra las ideas de los demás. Abundan los temas sobre los cuales no se ponen de acuerdo y cada uno siente que tiene el deber de tener una opinión propia sobre todas las cosas, y aún mejor si incita la polémica contra el otro. Comte tiene una opinión para todo y la mayoría de las veces es polémica. Además, publica sus ideas como si no hubiera mañana: en los años cincuenta presenta otros cuatro volúmenes del Système de politique positive. Ya llegamos al final, Comte vive de la generosidad de los amigos y del recuerdo de su «angelical Clotilde», pero sufre una grave enfermedad (seguramente un tumor estomacal) y el 5 de septiembre de 1857 muere en París rodeado de sus discípulos.

La doctrina de la ciencia: «ciencia, de donde previsión; previsión, de donde acción»

¿Qué es el positivismo?

Es la pregunta que surge así, espontánea: ¿qué es el positivismo? Para empezar, es el nombre que Comte eligió inspirándose en el libro de otro autor, precisamente del Catecismo político de los industriales de Saint-Simon. Los filósofos padecen cierta tendencia a tomar prestados conceptos y términos sin autorización. ¿Cómo podríamos llamar a esta práctica? ¿«Plagio», por ejemplo? Oh, no, no exageremos, sería poco elegante. Y, además, por este pequeño malentendido, ¿deberíamos renunciar a la idea de «nobleza intelectual»? Auguste se revolvería en la tumba. No podemos dejar que esto ocurra.

Sin duda hay otra forma de afrontar esta cuestión, en un modo que no implique el plagio u otros conceptos afines. La práctica de volver a revisar los hechos para otorgarles el significado que queremos y que más nos conviene ya tiene un nombre y es «manipulación», pero no sigamos por este camino.

Volvamos a la forma en que los filósofos toman prestados los conceptos. Funciona así: un filósofo tiene una buena idea y los otros manifiestan su conformidad usándola (como propia). Podríamos decir que la validez de una idea prescinde al final de la persona que la ha tenido y concretado (todo lo que una idea filosófica pueda concretarse, claro): una vez la idea existe, esta ya es de todos.

Entonces, ¿qué podemos hacer? Tomar todo aquello más significativo que el intelecto agudo (de los otros) ha ofrecido de forma caballerosa y usarlo, cambiarlo, reformularlo, para que el conocimiento humano evolucione. Pero qué forma de actuar más bonita. Qué noble.

Llegados a este punto tampoco empezaremos a hablar de los derechos de autor. De hecho, los filósofos, sedientos de saber y dotados del análisis conceptual, ¿van a perder su valioso tiempo en tareas terrenales como el reconocimiento a su trabajo? Sí, casi todos. Se trata de una de las pocas cosas sobre la cual todos los filósofos están de acuerdo: desean inmortalizarse en la historia del pensamiento. Los filósofos son muy celosos de sus conceptos, sobre todo cuando se trata de tomar prestado algo de los demás. En resumen: lo que es tuyo es mío y lo que es mío es mío. Ergo: todo es mío.

Pero, ¿de qué estábamos hablando antes de empezar esta digresión (de indiscutible base teórica) sobre el ego de los filósofos? Nos preguntábamos qué era el positivismo y de repente hemos cambiado de tema. Irse por los cerros de Úbeda es una de las actividades preferidas de los filósofos (y también de quien habla de ellos). Llegó la hora deponernos serios.

Lo prometido es deuda: empecemos con la definición del término positivo[11]. El saber positivo es, en primer lugar, un saber fáctico, es decir, relativo a los hechos. Pero, ¿qué hechos? Pues aquellos de los que tengo experiencia real, que puedo observar y medir; cuantificar y verificar. Solo estos son, según Comte, hechos reales: los metros que recorre un cuerpo en un intervalo de tiempo, el número atómico del hierro y la fotosíntesis, pero también las acciones de un hombre, las reacciones de las demás personas y la evolución histórica de la sociedad en la que los hombres actúan e interactúan. Todo esto es real en cuanto puede ser observado y comprobado. ¿Y cuáles no lo son? ¿Qué es lo que no podemos admitir como hechos? Dios, las ideas platónicas, el Ser en cuanto él mismo, la situación actual del mundo, el bien máximo (el mal parece que no merece el título de máximo y nos referimos a él solo en este paréntesis), la finalidad, la causa original y, por supuesto, las formas básicas de todas las cosas. Son siempre las cosas que dejamos en la frontera de lo real. Nada de esto puede formar parte del saber positivo. ¿Por qué? Porque no nos aportan ninguna experiencia: no podemos observar ni medir sus aspectos, no disponemos de

elementos para verificarlos o contradecirlos. En resumen, no son objetos que podamos comprender o, al menos, no podemos tener un conocimiento positivo de ellos, no podemos comprobarlos de forma empírica. Sin embargo, esto no nos impide que hablemos de ellos. Al contrario: Dios, la causa original del mundo y el objetivo final de nuestra existencia, nos interesa mucho. Siempre queremos entender las cosas y por ello nos hacemos preguntas constantemente hablamos, debatimos y nos enardecemos. ¿Pero en verdad sabemos? ¿Llegamos a alguna conclusión y a un acuerdo sobre todo ello? Me parece que no. ¿Y cómo podríamos lograrlo? Nuestros discursos sobre Dios, las esencias y los principios básicos del universo describen los estados de las cosas que no podemos observar. Resulta difícil saber cómo son las cosas si no podemos ver cómo están. El problema es que cuando hablamos de Dios u otras cosas afines, echamos de menos poder compararlas con la experiencia para determinar si funcionan o no. No existen ni pruebas a favor ni en contra por el simple hecho de que el objeto que tratamos está más allá de lo que podemos probar. La falta de un objeto real (empíricamente demostrable) y la imposibilidad de tener una prueba no demuestran la ciencia de todo ello. ¿De todo ello? Del hecho de hablar de Dios, de las Causas, de los Principios y del Bien. Se habla de forma «vacía» (dice Comte) sobre cosas que no podemos conocer; «según principios confusos que, no ofreciendo prueba alguna suficiente, suscitaban siempre disputas sin salida»[12] Ya es suficiente. No podemos hablar de todo de forma sensata y «sobre lo que no se puede hablar; se debe callar».[13]. Tengamos en cuenta solo lo que se nos permite. Observemos los fenómenos de este mundo y describamos las relaciones que regulan los sucesos.

> El espíritu humano renuncia desde ahora a las investigaciones absolutas que no convenían más que a su infancia, y circunscribe sus esfuerzos al dominio, desde entonces rápidamente progresivo, de la verdadera observación, única base posible de los conocimientos accesibles en verdad. […] La revolución fundamental que caracteriza a la virilidad de nuestra inteligencia consiste esencialmente en sustituir en todo, a la inaccesible determinación de las causas propiamente dichas, la mera investigación de las leyes, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados. Trátese de los efectos mínimos o de los más sublimes, de choque y gravedad como de pensamientos y moralidad, no podemos verdaderamente conocer sino las diversas conexiones naturales aptas para su cumplimiento, sin penetrar nunca en el misterio de su

producción[14].

Comte nos presenta su proyecto cognoscitivo con la imagen de un espíritu humano viril que, en la madurez positiva, es lo bastante fuerte como para sentirse responsable de un saber científico y desencantado. Ya somos mayores para creer en cuentos de hadas y ha llegado la hora de enfrentarse a la realidad y conocerla con rigor y precisión por lo que es: un sistema ordenado de leyes. La naturaleza se explica con la naturaleza, sin esencias extrañas o entidades que inventen otros significados.

Lo entendemos así: lo positivo existe en cuanto realidad fáctica. El objeto del saber científico-positivo son los hechos, que pueden observarse y medirse. Pero con el objeto no es suficiente. Para proceder correctamente con este análisis también necesitamos un método.

El contenido de la ciencia debe ser ante todo positivo, pero el modo del argumento que lo describe también deberá ser positivo. ¿Y cómo se hace un discurso positivo? Con seguridad y precisión. El conocimiento debe actuar con solidez y debe estar bien documentado, tiene que definirlos términos que utiliza sin ambigüedades y con precisión, con reflexiones claras y ordenadas, estructuradas con pasajes coherentes y bien encadenados. ¿Es un procedimiento inflexible? Algunos filósofos de renombre se asustan ante la idea de someter el pensamiento creativo a un esquema como este. ¿Definir claramente los conceptos y deducir con coherencia las consecuencias compartidas? No funciona así. El pensamiento humano es complejo y no-estático, polivalente y multiforme, oscuro y profundo, y por este mismo motivo está lleno de significado y no está sujeto a definiciones. El pensamiento cambia de un sujeto a otro, en función del paso del tiempo y del cambio de lugar. No obstante, esto es la filosofía: la búsqueda incansable, la duda constante, las tensiones no resueltas hacia un saber que no tenemos. Fascinante. ¿Y también verdadero? La verdad: una sentencia ardua. Dejémoslo para las futuras generaciones. Redimensionemos el criterio de juicio y reformulemos así la pregunta: ¿este fascinante pensamiento que es dinámico y mutable, libre e indomable, recalcitrante y resistente a ser sometido a cualquier teoría que fije un significado que valga para más de una situación y más de un objeto a la vez, este pensamiento puede ser válido? Es decir ¿funciona? ¿Ayuda a solucionar los problemas? ¿Entendemos mejor las cosas? Comte piensa que no.

Comte cree en el orden y la claridad, en las definiciones y en las deducciones. Al fin y al cabo, con una pequeña operación de maquillaje terminológico, la rigidez puede reformularse con rigor teórico y, en consecuencia, ser más presentable. Y entonces, para devolver el favor, la falta de rigidez-rigor, que era un pensamiento libre y dinámico, se convierte en confusión de conceptos, pierde de repente el toque suave de la virtud. Un pensamiento poco riguroso con equívocos y ambigüedades conlleva «dudas indefinidas y discusiones interminables»[15]. Esto no es un bien. Es exactamente lo contrario. La reflexión sigue girando alrededor de los objetos que no define, se apoya en tesis que no puede demostrar y añade unas conclusiones que no siguen (lógicamente) las premisas. ¿Hasta qué punto podemos llamar a esto «conocimiento»? No podemos. Evitémoslo. Volvamos a lo que sí debemos hacer y terminemos con el discurso sobre el saber positivo. Hasta ahora hemos definido los objetos y los modos: nos faltan los objetivos. ¿Objetivos? ¿En filosofía? ¿El viejo saber sin interés alguno? ¿La observación estática de los mayores sistemas del mundo y la permanencia en la cima del conocimiento? ¿No es este el único objetivo de la filosofía? Solo de la que es inútil. Al contrario, la filosofía positiva quiere ser útil: «el destino necesario de todas nuestras sanas especulaciones, encaminadas al mejoramiento continuo de nuestra verdadera condición, individual y colectiva, en lugar de la vana satisfacción de una estéril curiosidad»[16].

La finalidad de la especulación es el objetivo de los hombres. El verdadero saber, el único que merece de verdad el título de «positivo» (y, en consecuencia, el único por el que vale la pena considerar la idea de hacer un esfuerzo), es aquel que la humanidad debe consumir y usar casi de forma exclusiva. Y entonces, ¿por qué ocuparse de ello? ¿Por el mero placer de un análisis teórico? Pues un poco para justificar la energía mental empleada en el análisis teórico. Según Comte, sacamos provecho conscientemente de los recursos a partir de los intelectuales. Este es el plan: realizamos una búsqueda minuciosa de las leyes que rigen el funcionamiento de los fenómenos naturales con el fin de entender cómo debemos intervenir sobre estos y cómo someterlos a los fines prácticos de nuestra voluntad. Comte nos dirá cuál es el grado de precisión que debemos alcanzan pero por ahora aclaremos su objetivo: explotar los recursos que nos ofrece la naturaleza. Y Comte se lo toma muy en serio: el trabajo intelectual resulta pesado y aburrido, así que evitemos cansarnos de más. ¿Cómo podemos evitar

padecer una dispersión excesiva de energía mental? Seleccionemos los campos de investigación. Toda ciencia que no acepta actuar sobre la base de la realidad y que no aporta ventajas a la humanidad resulta inútil e injustificada. Dejémosla a un lado. Según este principio, la primera facultad universitaria que debería cerrar sus puertas sería la de filosofía. Emplear la fuerza intelectual para el bien del género humano no es una idea insensata. Incluso parece lógica. No obstante resulta excesiva, sobre todo por las consecuencias que conlleva (a menudo los filósofos «sufren» deducciones rápidas). Comte cree que es posible eliminar todas las investigaciones que no sean inmediatamente útiles, si bien es difícil saber a priori cuándo un estudio será práctico en el futuro. Ocurre a menudo que un descubrimiento en un ámbito del saber con el paso del tiempo, tiene consecuencias insospechadas y ventajosas en otro ámbito:

> Los matemáticos que investigaban en las escuelas de Alejandría las propiedades de la elipse, ¿habrían podido imaginar que unos dos mil años más tarde sus reflexiones servirían para explicar el sistema solar y, más tarde aún, para que los barcos realizaran la circunnavegación de la Tierra? ¿Habríamos alcanzado el telégrafo eléctrico mediante un esfuerzo proporcionado acerca de un medio de comunicación instantánea si Franklin no hubiera identificado la electricidad con la luz, y Ampère con el magnetismo? ¿Quién puede afirmar qué investigaciones serán condenadas a no ser útiles para el hombre? Nadie sabe qué conocimiento va a resultar útil, o cuál está destinado a ser inservible[17].

Además, la utilidad práctica e inmediata no es el único criterio para decidir el valor (mayor o menor) de una cosa. ¿Qué ventaja le aporta a mi forma de vivir escuchar música? ¿O leer un libro? ¿O ir al teatro? ¿O mantener una conversación amena y agradable con un amigo? Ninguna. Y, en cambio, si nos prohibieran todo esto, consideraríamos que nos hacen daño.

Elogio de la claridad

Comte nos enseña cómo ser claros: definiciones unívocas y razonamientos lineales, con poco espacio para las interpretaciones.

Pero, ¿no es gracias a la pluralidad de interpretaciones que el pensamiento se enriquece? Según Comte, no (y a lo mejor no está tan equivocado). Un discurso es más importante cuanto más preciso es. Esta es la verdadera riqueza del significado: especificarlo bien. La necesidad de interpretar aparece cuando el pensamiento es indeterminado, cuando el significado no está definido, cuando faltan piezas; y es precisamente en estos casos que debemos interpretar, ya que si se explicase bien, con todas las especificaciones necesarias, no habría necesidad de interpretación alguna. Un exceso de interpretación se hace necesario ante un pensamiento oscuro, y un pensamiento oscuro no es un bien.

¿De verdad? ¿Y por qué Heráclito era conocido como el «Oscuro»? Todo filósofo que se respete es un poco oscuro, incluso cuanto más oscuro es, más profundo y más nos gusta. Pero la verdad es que la oscuridad no es sinónimo de profundidad, sino de confusión conceptual. Si una persona tiene un razonamiento claro, este podrá expresarse con claridad. Algunos razonamientos (de hecho, la mayoría de los más importantes) son complejos y no lineales; sin embargo, lo complejo puede expresarse con claridad[18]. Es más, es justamente lo complejo quien así lo pide para poder ser expresado correctamente y ser entendido. La clarificación de los términos y el rigor deductivo de un pensamiento no rebajan su significado, al contrario, lo amplían y lo profundizan, especifican y justifican todas y cada una de las partes. Pero de esta forma ¿no perdemos algo? ¿De verdad estamos dispuestos a renunciar a todas las bellas reflexiones existenciales un poco ambiguas y no del todo claras, pero sugestivas y fascinantes, debido a sus pasajes retorcidos y confusos?

Bueno, estas inspiradas reflexiones todavía pueden conmovernos más y entusiasmarnos, a pesar de que puedan dejar de hacerlo cuando indagamos en su significado y no lo podemos hallar o lo encontramos pobre y frágil. Pero su comprensión llega antes: sin una meditación que nos ayude a comprender de forma rigurosa (y extenuante), todo se vuelve superficial y una vez pasa la ola emotiva del entusiasmo, ya no queda nada. Esquivar la obligación que impone el rigor conceptual no significa tener un pensamiento libre, sino solo ser un gandul y un grosero. Lo mismo ocurre con todas aquellas florituras y los oropeles que a veces adornan o abarrotan el pensamiento (filosófico o no): si lo que se dice es válido, no hay necesidad de mostrarlo con ostentación. Un discurso sobrio,

limpio y claro, sin elementos inútiles, es el instrumento para comprender.

El método de investigación

A veces nos perdemos y fantaseamos. No lo planificamos, no lo decidimos, simplemente ocurre. Fantaseamos sobre nuestro trabajo ideal, sobre la pareja perfecta, sobre una posible evolución divertida de nuestra situación actual. Nos gusta dejar correr la imaginación. Lo que no nos gusta es el mundo que nos hace surgir el deseo. El mundo resulta tan fastidiosamente inadecuado a los estándares de nuestros anhelos… De vez en cuando debemos tomarnos un respiro.

Pero, ¿cada cuándo? Por lo general, en el peor momento. Estamos terminando un trabajo muy importante, pero nuestra mente, con su habitual sentido de la oportunidad, decide marcharse a otro lado temporalmente. ¿Adónde? Al mundo de los debería. Ah…, el mundo de los debería… Un mundo lleno de trabajos gratificantes, parejas que te veneran y respuestas justas. Los trenes son puntuales, se hace el amor y no la guerra, en la caja de los supermercados nunca hay cola.

En el capítulo anterior, Comte nos ha guiado por su mundo de los debería. El objeto del fantástico pensamiento de Comte es el saber perfecto: basado en los hechos, riguroso y útil. Cuando Comte vuelve de su mundo de los debería, no hace otra cosa que constatar la insuficiencia de las teorías teológicas y metafísicas que se obstinan en querer inmiscuirse en la conciencia humana. Todo es un error: los objetos no existen, los discursos que se inventan son inocentes y ambiguos, y todavía nadie ha entendido cómo se debe usar una idea platónica.

En resumen: se habla de forma vacía de la nada, sin razón y sin objetivo. De hecho, no existimos. Qué bonito sería si los hombres con conciencia se obligasen a construir un saber riguroso y preciso que se mantuviese en el plano real y que fuera utilizado para objetivos reales. Sin embargo, si buscamos bien, si alguien se comprometiese a este proyecto ambicioso, también lo encontraríamos aquí, en el mundo que, debería o no debería, de hecho existe. Y lo encontramos: el científico. A Comte le encantan las clasificaciones. La ciencia le gusta demasiado: es tan rigurosa y ordenada

que le resulta imposible no amarla. A saber: Comte habla de ciencia con conocimiento de causa, pues había estudiado y profundizado en su contenido.

> Por primera vez un hombre ha examinado qué es la ciencia, no en general, como han hecho otros filósofos, sino teniendo en cuenta las ciencias efectivas y existentes: la astronomía, la mecánica, la geometría, la óptica. Por esta razón llega a decir no aquello que la ciencia podría o debería ser, sino aquello que ella es en los hechos, en qué condiciones surge, cuáles son las hipótesis que realiza, de qué precedentes vive, qué líneas de desarrollo sigue, qué rigor exige, qué certezas conlleva. Son problemas de primer orden, de los más importantes, puesto que el nacimiento y el desarrollo de las ciencias positivas es, desde hace tres siglos, el advenimiento más importante de la historia[19].

Un análisis importante de un acontecimiento importante: la ciencia positiva. Primer punto del programa: el método. En todo programa filosófico que se precie, encontramos un punto dedicado al método. En general es el primero, raramente por debajo del segundo.

Así pues, ¿cuál es la primera fase del método científico e imprescindible para la investigación científica? La observación. Observo los fenómenos, mido los datos y tomo nota rigurosamente de cómo se desarrolla todo sin imaginar hipótesis remotas ni espíritus al acecho: «la filosofía positiva se caracteriza sobre todo y en cualquier objeto por una necesaria y constante subordinación de la imaginación a la observación, que es el verdadero espíritu científico y oposición al espíritu teológico y metafísico»[20].

Se trata del fenómeno antiexistencialista (si los filósofos no crean de vez en cuando un binomio complicado no están contentos): eliminar la diferencia entre esencias y fenómenos, tomando partido por estos últimos. Los fenómenos son las cosas que se nos muestran, los objetos de los que tenemos conocimiento mediante la experiencia. Por debajo de estos no existe nada, el mundo termina con lo que aparece y tal como aparece.

De este modo limitamos nuestra investigación a las descripciones de las formas en las que los entes se nos muestran. ¿Esto es todo? ¿Es suficiente para conocer científicamente los fenómenos? ¿Para observarlos bien? Claro

que no. Observar científicamente es algo más que observar.

Rechazar las esencias metafísicas y tener en cuenta la experiencia no significa separar la razón de la fenomenología: «sin la guía luminosa de una teoría, los hechos carecen de significado»[21], es necesario un sistema conceptual de referencia que los ordene. La razón científica se basa en la observación de los datos empíricos, pero no solo se limita a acumularlos de cualquier modo en una lista. Al contrario, busca cuáles son sus relaciones y su regularidad. Para ello es necesario establecer una hipótesis teórica que guíe la observación y que dé sentido a los resultados. Y está claro que también vale lo opuesto: si la observación debe llegar directamente de una teoría, la teoría solo puede elaborarse mediante la observación. El método positivo consiste justamente en esto, en la combinación entre observación y razonamiento. La primera garantiza la unión de la teoría a la experiencia, el segundo consiste en dar un significado a la experiencia. Pero ¿qué significado?

El significado de la ley, en particular de la ley matemática. Ya hemos visto un ejemplo: espacio = velocidad × tiempo. Uno nuevo: fuerza = masa × aceleración. Veo una pelota sobre la mesa y como buen físico no puedo evitar empujarla para ver qué ocurre. Sorpresa: la pelota empieza a moverse. No solo se mueve, sino que se mueve cada vez a mayor velocidad. Es lo que llamamos «aceleración».

Bien, ya vemos cómo funciona: la fuerza ejercida sobre un cuerpo produce su aceleración. Impreciso. No es suficiente para entender la naturaleza (causa) de la relación entre fuerza y aceleración, tenemos que cuantificar esta relación.

Se trata de una relación de proporcionalidad directa: si duplico la fuerza del empuje, se duplica la aceleración del cuerpo que se empuja; y lo mismo ocurre si la multiplico por cuatro o la divido entre tres. ¿Y la masa? En el ejemplo que exponemos, la masa permanece constante. Siempre usamos el mismo cuerpo y, en consecuencia, si aplicamos sobre él una fuerza mayor la aceleración también es mayor, pero no alteramos la cantidad de materia que la forma, es decir, la masa. Podríamos poner muchos otros ejemplos.

Consideremos la misma fuerza que actúa sobre otros cuerpos con masas

diferentes. Si ejercemos una fuerza sobre una bola de billar, se produce una aceleración, pero con una esfera de granito de dos metros de diámetro la aceleración será mucho menor (en el supuesto de que la fuerza sea constante). ¿Cuánto menor? Menor en proporción a la masa. En este caso, la proporcionalidad es inversa: si duplico la masa, la aceleración se divide por la mitad, si reduzco la masa en un cuarto, la aceleración se cuadruplica. Estos ejemplos y todos los parecidos se expresan con tres palabras: fuerza = masa × aceleración.

Esto es justo lo que hace la ley: define las relaciones necesarias entre los fenómenos. La ley ofrece orden y unidad a nuestra comprensión de los hechos, y lleva muchos de los casos a un mismo principio explicativo. Con una ley solo consigo explicar el desarrollo de todos estos fenómenos múltiples en los que reconozco unas condiciones parecidas. El saber científico hace esto: simplifica los fenómenos en sistemas, ordena los hechos sobre la base de principios generales y de unidad.

Llegados a este punto me parece tener un buen conocimiento de los hechos: hemos observado su desarrollo, hemos medido sus características y hemos explicado sus relaciones. Nos hemos basado en la experiencia, pero no nos hemos limitado a ella. Nos hemos dejado guiar por una hipótesis teórica, pero hemos construido su significado basándonos en la observación. Todo esto nos ha llevado hasta una ley, una ley matemática que fija de forma sintética y clara las conexiones constantes entre los fenómenos. ¿Podemos sentirnos satisfechos? Aún no. No basta con enunciar una ley, las leyes se deben probar y comprobar. ¿Qué es lo tengo que comprobar? Pues que la naturaleza responda a la ley matemática. Tengo que probar que en condiciones específicas los fenómenos se desarrollan tal y como dice la ley. Pero, ¿cómo? Buscando y recreando las experiencias a las que se refiere la teoría y, así, constatar la relación o los hechos de mi hipótesis. Estamos ante una tarea infinita. Las leyes en cuestión son muy ambiciosas: quieren ser válidas para cualquier fenómeno, pasado, presente y futuro. Resulta evidente que no podemos controlarlo todo, por lo que debemos contentarnos con una representación. Al fin y al cabo parece improbable que la naturaleza cambie de idea a estas alturas y empiece a modificar la gravedad o a frenar la órbita de los planetas. Al contrario, parece lógico que los fenómenos que hemos observado hasta el momento se repetirán del mismo modo en los casos parecidos que no hemos podido

comprobar. En resumen, la naturaleza es constante y uniforme, en condiciones análogas se comporta de forma análoga.

Este es el supuesto (no verificado y no verificable, por lo que cómodo y convincente) que tranquiliza nuestras verdades a medias y calma nuestras futuras indiferencias. Sin embargo, la objeción puede llegar en cualquier momento. Como diría un sabio de Viena: «todos los cisnes son blancos». Esto es verdad hasta que encuentras uno negro[22].

Las teorías científicas son válidas hasta que se demuestra lo contrario, hasta que encuentro un caso que se comporte diferente a lo establecido por la ley. Pregunta: ¿qué papel desempeña el científico en todo esto? Pues es el que busca el cisne negro. El científico sigue preguntando a la naturaleza sobre aquellos puntos problemáticos que parece que pueden echar por tierra sus teorías. Una ley solo puede reforzarse de esta forma (aunque no se comprueba al cien por cien): debe superar constantemente la prueba empírica contra aquellos casos que podrían rebatirla. Es por este motivo que una posible objeción siempre amenaza, pero es el precio a pagar por la honestidad de la investigación: a fuerza de preguntarnos (o, aún mejor de preguntar a la experiencia) si estamos en lo cierto, a veces descubrimos que nos hemos equivocado del todo. Llegados a este punto, nos vemos obligados a dejar a un lado el cómodo sistema con el que explicábamos tantas cosas y debemos empezar de nuevo. Así es la ciencia, probamos, erramos y volvemos a probar; una investigación incesante de una explicación que nunca termina ni se completa.

Nada más lejos de la verdad, dice Comte. La ciencia es una ciencia exacta: no es la incertidumbre de la verdad, sino la fuente de los dogmas. Las leyes que los científicos establecen deben aceptarse de una vez por todas y dejar a un lado los debates eternos. El objetivo de la ciencia es aportar una legislación, sólida y ordenada, de los fenómenos. Cuando una ley logra explicar de forma unitaria una multiplicidad de hipótesis gracias a un sistema coherente, ¿hay necesidad de seguir buscando? ¿Y buscar el qué? ¿Una observación insignificante que pueda comprometer mi magnífica ley general? Comte no piensa igual. Es más, cree justo lo contrario: debemos defender nuestras teorías generales ya que nos permiten entender los fenómenos en su totalidad y nos guían en la naturaleza. El hecho de que estas explicaciones no sean del todo ciertas no parece un problema

demasiado grave. Ante la sospecha de que un detalle pueda hacer temblar nuestro sistema, miramos hacia otro lado. Una vez establecemos que todos los cisnes son blancos, lo último que debemos hacer es ir al lago para ver de qué color son los cisnes. Solo nos faltaría encontrar un cisne negro y tener que renunciar a toda nuestra maravillosa afirmación universal por culpa de una hipótesis equivocada.

Porque si el caso se verifica, la ley sería errónea. Para la verdad es que esto a Comte no le importa, a él le resulta más importante la comprensión ordenada y unitaria de los fenómenos que la necesidad de comprobar empíricamente su validez[23]. Esta postura resulta bastante práctica: evitamos perder velocidad, tener que volver a pensar y discutir, la investigación sigue su curso a buen ritmo, las teorías son cada vez más generales y engloban a más y más fenómenos (sin necesidad de observación), y al final todas las cosas encuentran su ley. Así pues, el precio de todo esto es la verdad. Evitamos mirarla por miedo a que sea verdad. Si hacemos demasiadas observaciones, corremos el riesgo de tener que volver sobre nuestros pasos, abandonar las viejas teorías y, lo que es más cansado, construir unas nuevas. La elaboración de nuevas teorías significa volver a investigar, volver a tener dudas, volver a discutir. Si la ciencia es una mezcla de duda y fe, Comte prioriza la necesidad de la fe antes que la legitimidad de la duda. ¿Por qué? ¿Por qué este rechazo obstinado hacia las pruebas y contra el hecho de poner en duda las leyes? ¿Para defender teorías que pueden ser falsas?

Renunciar a la verificación (tanto parcial como provisional) de la verdad es pagar un precio muy alto, y el motivo que lo justifica no puede ser solo la comodidad de mantener una explicación que ya existe y la pereza de elaborar una nueva. A lo mejor existe otra explicación, un motivo práctico que tenga el aspecto de un motivo social.

No se trata solo de disquisiciones sobre la investigación teórica, la ciencia es una práctica humana y social que une a los hombres en lo universal. Esta es la base del consenso social de la nueva sociedad positiva. ¿Y cómo pueden hacer todo esto las ciencias? Con un sistema común de creencias en el que pueda fundamentarse el acuerdo entre pensamientos y opiniones que se encuentra en la base de una sociedad unida y sólida, es decir, ordenada y en paz.

Comte lo expone en un plano general; para resolver la crisis existente fruto de un caos en el pensamiento y de un conflicto entre opiniones que debilita a la sociedad europea, es necesario crear y compartir un saber sólido y unitario que ponga fin a las discordias. La búsqueda de posibles pruebas demoledoras, poner constantemente en tela de juicio los conocimientos adquiridos y discutir sin tregua los resultados que se obtienen, no es la mejor forma de construir un saber sólido que garantice el consenso unánime de todos los seres pensantes de una sociedad. Nos podríamos preguntar si un saber de este tipo es al fin un buen saber, y si por lo general es un bien. Pero da igual, Comte no lo hace. Resulta obvio que es un bien: para construir un auténtico conocimiento ¿hay algo mejor que evitar considerar las pruebas en las que se basa y abstenerse de poner en duda los errores? Para Comte el saber debería ser así, tanto el que buscan los científicos como el que enseñan los maestros:

> Todas las ciencias deben ser enseñadas sin alentar, sino, en la medida de lo posible, sofocando el espíritu de examen y discusión. La disposición que se debería alentar es la de aceptarlo todo del maestro. La fe positivista, aun en este aspecto científico, es la fe demostrable, pero en modo alguno deber ser la fe demostrada. No es asunto de los alumnos interesarse excesivamente acerca de la prueba. El maestro ni siquiera les presentará las pruebas en una forma completa, o como pruebas. […] En lo que se refiere a las demostraciones, resulta hasta bastante deseable, por otra parte, que incluso los teóricos las olviden, reteniendo solamente los resultados.

Entre todas las aberraciones de los hombres de ciencia, Comte piensa que ninguna es mayor que la pedantesca ansiedad que muestran de una prueba completa. Esta excesiva ansiedad por la prueba, se queja, destruye, debido a escrúpulos vanos, el conocimiento que parece haberse alcanzado[24].

Así pues, tenemos nuestro paquete completo de leyes, bien definido y acabado, y no debemos demostrarlo o verificarlo porque alguien ya lo ha hecho por nosotros. Muy bien. Ahora que la ciencia se ha convertido en exacta y no hay nada más que añadir, ¿qué podemos hacer? Pues la usamos. El saber positivo tiene que ser útil, por lo que una vez que ya se han teorizado las leyes de los fenómenos, llega el momento de usarlas a nuestro favor Punto número uno: la previsión. Si admitimos que la naturaleza es

constante, entonces el siguiente paso tras el conocimiento de los hechos presentes es la previsión de los futuros que, en buena lógica, responderán a la misma ley: «ciencia, de donde previsión». Esto es lo que hace la ley matemática cuando explica los fenómenos, los prevé aunque no pueda verlos: «el auténtico espíritu positivo consiste en prever, en estudiar lo que es con el fin de saber lo que será, de acuerdo con el dogma general de la invariabilidad de las leyes naturales»[25].

Pero esto no es todo. Punto número dos: la intervención. La ciencia de la naturaleza que descubre y formula las leyes para convertir en previsibles los fenómenos es la condición para que el hombre actúe con eficacia sobre la realidad: «previsión, de donde acción». Conocer el funcionamiento exacto de los fenómenos naturales me permite construir puentes y hacer que los aviones vuelen, combatir las bacterias que invaden mi organismo y hablar con un amigo que vive al otro lado del mundo. Una idea que coincide con Bacon: someter los fenómenos a los objetivos humanos mediante una intervención que se adecúe a sus leyes. Dominar la naturaleza obedeciéndola[26]. ¿Cómo podemos obedecer a la naturaleza sin disponer de su ciencia, es decir, si no conocemos sus leyes?

El estudio de la naturaleza está destinado a suministrar la verdadera base racional de la acción del hombre sobre la naturaleza, pues únicamente el conocimiento de las leyes de los fenómenos, cuyo resultado constante es el de hacerlos prever, puede conducir al hombre a utilizarlo y modificarlo en su provecho[27].

Optimismo y desencanto: costes y beneficios del progreso científico-técnico

Comte vive el triunfo de la razón y de la ciencia, el de la técnica y de la industria, y todo resulta demasiado bonito para ser prudente con sus opiniones. El progreso técnico-científico avanza a un ritmo vertiginoso y la humanidad se beneficiará de ello, con rapidez y en gran medida: ¡viva la tecnología y viva la comodidad! Durante este tiempo de innovación y desarrollo, el balance entre fuerza y/o mundo se decide claramente en favor del primero: el hombre domina la naturaleza, en teoría y en la práctica, y se dirige hacia un futuro lleno de bienestar y paz. Pero incluso este oasis se convierte en blanco de las críticas. El bienestar no está repartido exactamente por igual entre los hombres, y al lado de los pocos que lo disfrutan se encuentran muchos otros que lo sufren. El ser humano es una criatura compleja y heterogénea, las necesidades materiales y profundas que lo atormentan no pueden aplacarse con una simple satisfacción de tipo material. Al contrario, la máquina mortifica la creatividad libre de los hombres, le inflama el espíritu y lo vuelve insensible. Por no hablar de la vocación pacífica del progreso técnico-científico: el trabajo más importante en la investigación científica se da en la industria bélica. Pero no exageremos, a lo mejor podemos definir un punto medio y racional entre el entusiasmo ciego y la desilusión inconsolable. Los beneficios del progreso podrían verse modificados respecto al juicio optimista de Comte, pero no pueden ser negados.

Puede que el saber técnico-científico no esté capacitado para hacer que mi existencia sea más feliz, pero sin duda le aporta comodidad, y vivir cómodamente es mejor que hacerlo con incomodidades: «el dinero no hace la felicidad pero es mejor llorar dentro de un Rolls Royce»[28]. Así es, la «mera» ventaja material no elimina mis sueños y mis aspiraciones. No obstante me pone en una mejor situación para lograrlos, desde el momento en que no debo dedicar toda mi energía y mi tiempo a sobrevivir. En cuanto a la inferencia inevitable entre el descubrimiento científico y sus posibles usos, ya sean la cura de la viruela o la bomba atómica, puede que se trate de una equivalencia un tanto alegre.

La investigación en sí misma no es buena ni mala, bueno y malo es el uso que hacen los hombres de ella[29]. Vale la pena tener en cuenta las posibles consecuencias de la investigación, pero esto no debería condenarla ni detenerla de forma automática. La responsabilidad de las consecuencias es una gran carga, y entonces la pregunta es: para evitar el mal que podría acarrear, ¿estaríamos dispuestos a renunciar al bien que

pueda existir? Para explicar este problema, sin pretender resolverlo, tomamos una metáfora de Hayao Miyazaki, un director de cine de animación antimilitarista y apasionado de los aviones de guerra, que reflexiona sobre los problemas éticos que plantea el diseño de aviones que luego se usan para combatir.

> —¿Qué prefieres: vivir en un mundo con pirámides o sin ellas?
>
> —Con pirámides.
>
> —Volar por el cielo es el sueño de la humanidad, pero es un sueño maldito. Los aviones llevan el peso del destino al ser instrumentos de masacre y destrucción. Sin embargo, he elegido el mundo con pirámides. Y tú ¿cuál eliges?
>
> —Yo deseo crear magníficos aviones[30].

Científicos y pensadores, alegrías y tristezas

Recordemos que la ciencia, como nos hace notar Comte con sabiduría, es una práctica humana vinculada, consecuentemente, con la humana finitud e imperfección. Los hombres, aunque le fastidie a Auguste, actúan así: con hipótesis y equivocándose, conociendo una cosa y no dándose cuenta de otra, cambiando de idea sin cesar y nunca estando seguros, con discusiones y polémicas, sin un sistema que ofrezca una explicación exacta que siempre sea válida, en todo momento y en cualquier lugar, de forma universal y necesaria. Podríamos pensar que una explicación de este tipo no es posible, al menos en el hombre.

Pero Comte no lo acepta: es necesaria una explicación definitiva y es la ciencia la encargada de presentarla. No tan rápido. No caigamos en la tentación de pensar que la ciencia es algo absoluto. Ya nos ha costado bastante tener que renunciar a la garantía de una verdad eterna e inmutable, omnicomprensiva y omniexplicativa, igual para todos y siempre válida; de una verdad en la que la teología y la metafísica parecen felizmente dispuestas a entenderse. El pensamiento científico nos ha ayudado a soportar dicha pérdida gracias a que nos ha mostrado la falta de fundamento de las ambiciosas pretensiones de los viejos dioses, pero ahora parece que este quiera ocupar su puesto.

Es una gran tentación: la incidencia del progreso científico no parece tener límites gracias al rigor de sus deducciones, al conocimiento científico que se une a la precisión matemática de sus leyes, y a la exactitud cuantificable de sus medidas. Pero también se trata de una tarea humana, a menudo problemática y siempre expuesta a las críticas, a sufrir una involución y a verse denostada. Debemos tener en cuenta que el saber; también el científico-positivo, es el producto de unas fuerzas históricas, de hombres y de clases sociales, que está empapado de cálculos económicos y de lucha política, de poder y de violencia.

La ciencia no puede pretender valerse por sí misma, ya que tiene un valor en relación con los hombres que la elaboran; tampoco el progreso científico puede pretender realizar solo el progreso humano: si bien es

verdad que desempeña un papel importante, no lo es todo. En resumen: el positivismo no puede reducirse al cientificismo; la sana investigación del rigor cognoscitivo no puede convertirse en una ideología tecnocrática.

De vez en cuando parece que Comte se deja llevar por este entusiasmo, pero sería poco generoso y excesivo acusarlo de cientificismo o de tener una mentalidad tecnocrática. Enaltece la ciencia, pero no la venera: a veces se muestra demasiado precavido cuando define las condiciones científicas del saber; y otras veces es demasiado rígido cuando debe aplicarlas, y al mismo tiempo tiene demasiado en cuenta los límites para evitar sobrepasarlos con torpeza.

Comte es rígido e inflexible. Para él, la única verdad en la vida es tener razón y su ego tampoco concibe la posibilidad de una línea de pensamiento alternativa a la suya. No obstante, Comte no es ni superficial ni ingenuo, al menos en el análisis del conocimiento científico, y evita atribuir cualquier rasgo ambiguo de divinidad metafísica. Pero ahora surge el problema contrario: ¿qué ocurre con las grandes preguntas? ¿El Ser? ¿La existencia humana? ¿El bien y el mal? ¿Cuándo nos ocupamos de ellas? ¿Queremos de verdad restringir nuestro conocimiento a una simple descripción de los fenómenos verdaderos? ¿Espacio = velocidad × tiempo, fuerza = masa × aceleración? ¿De verdad? ¿El saber humano solo se reduce a esto y nada más? Ahora en serio:

> las preguntas que, en nuestros desdichados tiempos, son candentes para los seres humanos abandonados a perturbaciones fatales: las preguntas por el sentido o el sinsentido de toda esta existencia humana.[…] La exclusividad con que en la segunda mitad del siglo XIX, la total visión del mundo de los seres humanos modernos se deja determinar y cegar por las ciencias positivas […] significó un alejamiento indiferente de las preguntas que son decisivas para una auténtica humanidad. Meras ciencias de hechos hacen meros seres humanos de hechos[31].

Con todos los problemas existenciales «candentes» que atormentan al hombre, ¿qué hacen los científicos? Miden fuerzas y observan mohos (y luego nos dicen cómo construir edificios y erradicar bacterias, pero no entremos en detalle). Quieren entrar en el mundo de los sabios, pero no saben cómo comportarse en medio de la «auténtica humanidad»: analizan

sin cesar los fenómenos con atención y precisión, nunca dan un paso que no esté empíricamente fundamentado o nunca establecen una inferencia que no esté plenamente justificada, nunca dicen una bonita frase sobre el Ser en general o sobre el bien de la humanidad, ¡nunca nos regalan un pensamiento profundo! Típico de los «meros seres humanos de hechos»: atenerse a los hechos. Pero esto no es todo. No solo se limitan a estudiar los fenómenos de la realidad natural, sino que parece que no sepan hacer ni esto. Tienen un conocimiento simple y superficial: siempre y solo con las leyes matemáticas, su pretendido rigor y su ingenuidad les llevan a la ruina, son inadecuadas para entender el profundo, denso y sublime entramado de la realidad que cambia constantemente.

La «filosofía de superficie»[32] matematiza la naturaleza ahogándola en un esquema conceptual rígido y estático que falsea su verdadero sentido. El «pensamiento calculador» de la ciencia positiva renuncia a «penetrar los secretos de la naturaleza» y se resigna a solo «explorar su superficie», permaneciendo «donde se puede numerar, contar, probar ver donde se puede constatar la cantidad»[33]. Cuántas críticas. En realidad tampoco tantas, son solo casi las mismas pero expresadas de forma diferente.

El nudo de la polémica es el siguiente: el pensamiento científico positivista limita el conocimiento humano a la superficie de los fenómenos de lo real y no indaga en los profundos problemas de significado. Sobre el hecho de que los científicos se basan en la descripción de los fenómenos, no hay nada que objetan parece que lo hacen así.

La pregunta es: ¿en qué medida esto está mal? Pues en la medida en que se excluyen de la investigación las grandes preguntas. Pero ¿dónde está escrito que deban ocuparse de ello los científicos (si se escribe en cualquier otra parte también tiene este valor categórico)?

Pongamos todo en su sitio.

El pensamiento científico no niega la posibilidad de considerarlos mayores sistemas del mundo y los grandes problemas de la existencia por cuya culpa solo podemos sufrir en silencio. Afirma simplemente que no podemos tener un conocimiento científico, racional, riguroso y experimental concluyente. Esto no quita que en un sentido universal, de mi

ser y de relación con mis sentidos, yo no pueda pensar, discutir y reflexionar, pero no voy a poder conocer de forma científica.

Reconocer la categoría no científica de unas afirmaciones sin comprobación empírica no es sinónimo de rendición ni tampoco de desinterés, sino honestidad intelectual. Pretender acceder al sentido más profundo de las cosas (humanas y no humanas) no es necesariamente un análisis profundo, también puede suponer un desconocimiento de los propios límites.

Por supuesto Nietzsche tiene razón cuando afirma que más allá de lo que la ciencia ve en el «saber del día» que ilumina los fenómenos, existe otro significado que va más allá y que los esconde en una «profunda medianoche». Sin embargo, el único resultado que se obtiene cuando nos adentramos en la «profunda medianoche» es que vemos poco (y esto nunca ha impedido que los filósofos se pisen los unos a los otros).

A lo mejor la línea que distingue los ámbitos del conocimiento humano y que delimita el campo de los objetos tratados no está tampoco tan mal trazada, y ofrece a los otros objetos un pensamiento que pueda ser útil para la reflexión, pero sin pretender realizar valoraciones científicas. En resumen: cada uno a lo suyo. El pensamiento científico busca analizar los fenómenos y no quiere descubrir el sentido de la vida. Acusar a las ciencias, o a las matemáticas (que es la parte de la ciencia que gusta menos a los filósofos mencionados con anterioridad), de ser un instrumento poco adecuado para conocer el significado profundo de la naturaleza, es como acusar a un rotulador de ser un instrumento poco adecuado para clavar clavos en la pared: nunca un rotulador ha pretendido hacerlo.

Los observadores molestos

Werner Heisenberg.

Comte es un amante de los hechos, para él son los elementos objetivos y seguros sobre los que se debe fundamentar la investigación científica. Suena tranquilizador. Pero, ¿existen de verdad?[34] ¿Realmente existen hechos neutros, de cuyos datos simplemente debemos tomar nota? Parece ser que no. El ideal positivista de una realidad objetiva, conocible de forma objetiva, ya sea una realidad social como la física, no tiene en cuenta la intervención del observador, que es un elemento activo del proceso cognoscitivo. Veamos dos ejemplos, uno del ámbito físico y otro del sociológico. Durante los años veinte del siglo pasado, un físico alemán, Werner Heisenberg, mientras buscaba cómo establecer la trayectoria exacta de las partículas elementales, hizo la siguiente observación: el haz de luz necesario para comprobar el recorrido de las partículas alteraba su dirección de forma imprevisible. Mientras intentaba describir la realidad natural, la acción del observador distorsionaba de forma automática el dato, y por este motivo resulta difícil sostener que estemos ante un conocimiento neutral de hechos neutrales. Veamos otra historia con la misma moraleja. Seguimos en los años veinte, pero hemos atravesado el Atlántico y nos hallamos en un suburbio de Chicago. El famoso sociólogo Elton Mayo dirige un experimento para determinar el efecto de la luz sobre la productividad de los trabajadores en las oficinas Hawthorne de la compañía Western Electric Company. Realiza un descubrimiento sorprendente: el nivel de productividad no cambia significativamente si modificamos la iluminación del lugar, pero sí que aumenta cuando empezamos el experimento. ¿Por qué? Porque los trabajadores se sienten observados y ante la amenaza de posibles repercusiones, simplemente trabajan más. Es la confirmación del efecto que produce quien experimenta sobre la realidad que observa.

Ahora que ya hemos visto un par de ejemplos, empecemos a ver la teoría y, para ello, usaremos una paradoja, pues resulta inadmisible que en un libro de filosofía no haya, como mínimo, una. Se trata de la paradoja del observador: un conocimiento neutral y objetivo de los hechos tal y como desea Comte no es posible porque el objetivo que se desea lograr es el de observar un fenómeno en la forma como se presenta cuando nadie lo observa, algo que resulta imposible[35].

No tiene sentido hablar de cómo son las cosas en sí independientemente de la forma en que las entiendo. Queda claro que cuando las comprendo, lo hago en relación con mi modo de comprender. ¿Y entonces? ¿Renunciamos a la objetividad? No. La objetividad permanece. Solo debemos reformular la presunción, reconocer que cualquier significado de la realidad se construye en relación con el sujeto que la observa y en función del sistema conceptual de referencia que se utiliza.

Comte y Euclides

Euclides.

La primera regla del manual del buen positivista es la unidad. Comte es un practicante devoto y siempre que puede lo destaca: un buen sistema de compresión real debe ser, sobre todo, unitario, porque uno es el espacio y uno es el tiempo, una es la humanidad que actúa y una es la ley de la historia que determina su evolución. Pero, en cambio, no es así.

Las investigaciones y las aplicaciones que llevan a cabo los científicos y los filósofos a finales del siglo XIX minan los presupuestos de este pensamiento monolítico que ofrecía seguridad y muestran la pluralidad de los modelos de descripción de la realidad.

El primer punto que habría que discutir es la concesión del espacio. El espacio que tiene Comte en la cabeza es el mismo que el de Euclides, y resulta también el nuestro: dados dos puntos se puede trazar una recta que los une; cualquier segmento puede ser prolongado de forma continua en una recta ilimitada en la misma dirección; se puede trazar una circunferencia de centro en cualquier punto y radio cualquiera; todos los ángulos rectos son iguales; si una recta, al cortar a otras dos, forma los ángulos internos de un mismo lado menores que dos rectos, esas dos rectas prolongadas indefinidamente se cortan del lado en el que están los ángulos menores a dos ángulos rectos.

Y quizás el último punto que nos resulta menos conocido es este: por un punto exterior a una recta se puede trazar una única paralela. Exacto: se trata del axioma de las paralelas. Para nosotros, que desde pequeños hemos oído hablar de Euclides, esto nos parece obvio y aceptamos sin problemas estas cinco afirmaciones. Si no logramos demostrarlas no pasa nada, porque resultan evidentes.

Además, los postulados son esto: evidencias indiscutibles. Pero quizás no sean tan evidentes y podamos debatir un poco más sobre ellos[36].

El quinto postulado trata de las paralelas: en comparación con los otros, es verdad que parece menos evidente, y a lo mejor sí que deberíamos demostrarlo. Los intentos para hacerlo han evolucionado de una forma curiosa. Los matemáticos han intentado demostrarlo mediante la prueba por contradicción[37], pero en cuanto niegan el quinto postulado para

extraer conclusiones contradictorias, logran lo contrario y construyen modelos geométricos coherentes sin necesidad del quinto postulado. Nace así la geometría no euclídea, y a la vez los posibles espacios en los que desde un punto exterior a una recta pueden pasar más de una paralela y en el que la suma de los ángulos internos de un triángulo puede ser mayor o menor de 180º.

Gracias a los nuevos espacios que se crean al margen de la geometría de Euclides, podemos ver otros puntos de vista. Los más nostálgicos consideran que la geometría de Euclides sigue siendo la única capaz de describir la realidad, mientras que otros la reducen a simples juegos lógicos sin incidencia efectiva en lo real. Por el contrario, hay quien piensa que no tiene ningún sentido continuar con la cuestión de la «objetividad» de la geometría, porque ante la pluralidad de los modelos geométricos llenos de coherencia y, por lo tanto, de validez lógica, dicha objetividad no puede basarse ni en la evidencia intuitiva de los postulados de origen ni tampoco en el acuerdo con el espacio natural; los axiomas son simples convenciones y nosotros elegimos el sistema más útil, el que nos proporciona el «camino más cómodo»[38] para orientarnos en el mundo.

Debemos elegir.

La filosofía de la historia: la ley de los tres estados

Cuestiones preliminares: Europa en crisis

Llegamos al corazón del sistema: la ley de los tres estados. Los «estados» indican solo las fases sucesivas en la evolución de una cosa. La pregunta es: ¿de qué cosa? De más de una cosa (respuesta ingeniosa). En primer lugar, de la historia de la humanidad. En segundo lugar; de aquello que es más importante (para Comte) en la historia de la humanidad: la historia de las ciencias.

Pero miremos hacia atrás. Antes de llegar a la ley que rige la suerte de los humanos y, mucho más relevante, las mentes humanas, debemos abordar un par de cuestiones preliminares. Ningún filósofo puede resistirse al encanto de las cuestiones preliminares, sobre todo si se trata de metodologías. De hecho, resulta razonable que, antes de buscar la ley de algo, establezcamos al menos cuáles son los criterios de juicio que debemos asumir para analizar o valorar este algo. También sería oportuno poder explicarlos.

Y, aún más adecuado, explicitar también la alternativa de nuestra elección, solo para dejar bien claro que nuestra línea de investigación no es única.

Volvamos al punto: las leyes de la historia.

Lo primero que debemos saber (o incluso «decidir») es: ¿cuál es el motor de la historia? ¿Qué es lo que aviva el desarrollo histórico de los eventos? Y la sempiterna pregunta: ¿las ideas provocan las acciones o son las

condiciones materiales las que determinan las ideas? O aún más personal: ¿actúo de una forma determinada a partir de las convicciones que tengo (morales, políticas, religiosas) o maduro mis convicciones ideales en función de la situación concreta en la que me encuentro y en función de los intereses y las necesidades (materiales) que se me presentan?

De ahí derivan dos conceptos diferentes del hombre. El hombre es un animal un tanto especial no tiene plumas pero es bípedo, puede pensar (no siempre sensatamente), está dotado para el lenguaje, ríe de un modo característico[39]. se junta con sus semejantes porque le gusta mucho sentirse un animal social, transforma la materia en una forma creativa, y a diferencia de los otros animales tiene una lista infinita de necesidades particulares y una amplísima gama de recursos para satisfacerlas (aunque no todas, sin embargo, ya que siempre tiene que haber alguna que lo deje insatisfecho). Pero, ¿por qué hablamos de esto ahora? Por lo siguiente: para entender cuál es el motor de la historia, lo que mueve al hombre a actuar, debemos empezar determinando cuál es el elemento característico de la naturaleza humana. Admitamos que existe algo llamado «naturaleza humana». Y admitamos también que esta criatura singular goza de una característica privilegiada que la define mejor que a las otras y que vale, con carácter universal, para todos los hombres. De hecho, Comte lo admite: ¿qué es el hombre en primera instancia? ¿Un ser racional que piensa o un animal con necesidades materiales que trabaja? Optar por una o la otra significa decidir dónde buscar lo que define una sociedad humana y dónde intervenir para cambiarla (raramente se piensa que todo va bien tal y como está). Vamos a reformular el problema: ¿sobre qué se basa una sociedad? ¿Sobre un modo de producción o en una mentalidad común? Cuando representamos la historia de la humanidad, ¿qué ponemos en primer lugar? ¿El arado pesado y la división del trabajo o la ética protestante y la libertad de pensamiento? ¿Cuáles son las facciones en lucha? ¿Patricios contra plebeyos o trabajadores contra empresarios, o incluso copernicanos contra ptolemaicos y científicos contra metafísicos?

Comte no lo duda: el espíritu es lo primero. La historia es una historia de ideas y la sociedad humana es fruto del acuerdo de las mentes que comparten las mismas creencias:

> No podemos dudar a la hora de poner en primer lugar la evolución

> intelectual como principio necesario y predominante de toda la evolución de la humanidad. […] Las ideas gobiernan y perturban el mundo, o dicho de otro modo, todo el mecanismo social descansa finalmente en las ideas[40].

Las etapas de la historia de la humanidad son consecuencia de los diferentes modos de pensamiento, de los detalles en las mentalidades de los hombres que comparten una misma época. Lo que debo analizar en primer lugar es, en la mayoría de los casos, un periodo histórico, empezando por el mío. Es la forma en la que los hombres investigan y entienden la realidad, casi como si se tratara de ciencia. Esta alegre equivalencia entre comprensión de la realidad y ciencia provocaría seguramente una sensación de inestabilidad a muchos filósofos de renombre. Pero no al nuestro. La historia es esencialmente la evolución de la inteligencia humana, pero «la parte principal de esta evolución consiste, sin duda, en el desarrollo continuo del pensamiento científico a partir de los trabajos originarios de Tales de Mileto y de Pitágoras hasta los de Lagrange y Bichat»[41].

La historia es la historia del espíritu, y la historia del espíritu es la historia de las ciencias. Esto es justo lo que debemos tener en cuenta en la filosofía de la historia: no es importante si los hombres producen, sino saber cómo piensan y en qué medida lo hacen de forma científica. Estos son los criterios que aporta Comte para juzgar y comprender la sociedad. Usémoslos.

Analicemos la sociedad europea de la primera mitad del siglo XIX, que es precisamente en la que vive y piensa Comte. No es un periodo demasiado tranquilo. Ha habido la Revolución francesa, Napoleón y la Restauración. Los levantamientos revolucionarios de 1820-1821, de 1830-1831 y de 1848. No reina la tranquilidad. La opinión de Comte es clara y diáfana: crisis. Pero vayamos por partes.

Ante la situación que hemos expuesto, la primera pregunta que debemos hacernos para valorar esta época es: ¿cómo están las ciencias? No tan mal, la verdad. Ya hemos celebrado la gloria de la ciencia moderna o, por lo menos, sin duda el positivismo lo ha hecho y además con entusiasmo (sin ofender a los filósofos que habían perdido la estabilidad unas Líneas más arriba). Gracias al abandono de las opacas explicaciones

teológicas y metafísicas, las ciencias se han dejado convencer por el rigor del método positivo basado en la observación, la experimentación y la determinación de las leyes. ¿Todas las ciencias? No. Y esto supone un problema.

El proyecto positivo no admite excepciones, Y Comte aún menos. Para satisfacción de nuestro filósofo, la astronomía, la física, la química y la biología han alcanzado con éxito el estado positivo y «bajo la luminosa influencia de la iniciación matemática» se empeñan incansablemente en buscar las conexiones constantes entre los hechos, mostrando un rigor metodológico ejemplar, lo cual es una gran virtud. Pero no solo encontramos fenómenos naturales. Las ciencias humanas todavía dudan cuando deben buscar esencias metafísicas, principios originales y causas últimas. Todavía no existe una ciencia positiva de la sociedad que también extienda el método positivo a los fenómenos sociales.

Este es el problema: falta la unidad de método en el sistema de las ciencias. Y a esto hay que añadirle la dispersión propia de la investigación. Toda ciencia cultiva tranquilamente su parcela, feliz e indiferente al resto del jardín. No existe disputa alguna entre los resultados de las diferentes ciencias. Esto provoca un conocimiento fragmentado, un gran batiburrillo de leyes sin relación entre ellas. Pero, ¿por qué es así? Porque se ha producido la división del trabajo, ya sea del material o del intelectual.

Comte reconoce sus ventajas: desde el punto de vista material, el aumento constante de la riqueza (en cuántas y en qué manos se concentra la riqueza no le parece demasiado interesante); desde el lado intelectual, el progreso imparable de la investigación científica. Sin embargo, no hay que olvidar los inconvenientes: una excesiva especialización margina el espíritu de los hombres en una esquina (mucho menos cómoda) que limita y mortifica la actividad y la inteligencia. Tanto el obrero en la cadena de montaje como el científico de laboratorio se ocupan y se preocupan de una pequeñísima rueda de todo el mecanismo, ya sea el mecanismo completo de una fábrica que produce agujas o la producción científica que elabora teorías.

> Si, con frecuencia se ha justamente lamentado, en el orden material, al obrero exclusivamente ocupado durante su vida entera en la fabricación de

> mangos de cuchillo o de cabezas de alfiler, la sana filosofía no debe, en el fondo, hacer menos lamentaciones en el orden intelectual por el empleo exclusivo y continuo del cerebro humano en la resolución de algunas ecuaciones, en la clasificación de algunos insectos: el efecto moral en uno y en otro caso es, desgraciadamente, muy análogo; y siempre tiende a inspirar una indiferencia desastrosa hacia el curso general de los asuntos de los hombres, a condición de que siempre haya ecuaciones para resolver y agujas que fabricar[42].

La lamentación de Comte se prodiga más hacia el científico que resuelve ecuaciones que hacia el obrero que fabrica agujas[43]. En cualquier caso el resultado no cambia: espíritus muy capaces de hacer algo y completamente ineptos para todo lo demás, mentes minúsculas que se vuelven todavía más pequeñas con respecto a los sentimientos sobre los grandes fines de la humanidad. Se termina el interés por las cosas. Empezando por el saber. Falta una visión de conjunto capaz de unificar y coordinar los resultados de las ciencias particulares en un saber orgánico y sistemático.

Por lo tanto los problemas son dos: una metodología heterogénea y las especializaciones de las ciencias. En el fondo podrían convivir, pero no.

Comte es un espíritu ordenado, extremadamente ordenado, y el desorden le molesta… mucho. La primera y fundamental exigencia de su programa positivo es la unidad, una unidad férrea y universal. Otra exigencia imprescindible es la necesidad de orden y coherencia, de una visión global y sintética.

Las dos condiciones indispensables para un pensamiento bien estructurado, si bien también podrían serlo para una sociedad bien organizada, son la unidad (sobre todo metodológica) y el orden (preferiblemente jerárquico). Pero, ¿de dónde surge toda esta necesidad de unidad? ¿Por qué tanta obstinación? Porque la sociedad de los hombres se basa en la unidad de las ideas y, en consecuencia, no puede existir una unidad efectiva en una sociedad humana si las ideas directrices que sus miembros adoptan no se organizan en un conjunto unitario y coherente.

Un sistema común de principios compartidos es la base del consenso social sobre los que solo puede crearse una sociedad ordenada y, por lo tanto, en paz y prosperidad. Así pues, si aplicamos este bonito pensamiento

a la situación de crisis, la reforma social de las instituciones tiene su condición fundamental en una reforma intelectual de las ideas. Y esto es precisamente lo que quiere Comte: reordenar (y unificar) el saber para reorganizar (y unificar) la sociedad.

La crisis política y moral de las sociedades actuales tiene por causa la anarquía intelectual. Nuestro mayor mal consiste en la profunda divergencia que existe ahora entre nuestros espíritus con las máximas fundamentales cuya estabilidad es la primera condición para un auténtico orden social. Hasta que las inteligencias individuales no hayan añadido cierta cantidad de ideas generales capaces de elaborar una doctrina general común, el estado de las naciones seguirá siendo revolucionario por necesidad y solo encontrará soluciones provisionales. También resulta cierto que, si esta unión de los espíritus en una misma comunión de principios es posible, en consecuencia se creará el ordenamiento necesario, sin grandes turbulencias y disipando el gran desorden[44].

Todo vuelve: primero el ideal y luego lo material, crisis de las ideas ergo crisis de la sociedad, saneamiento del saber que regenera la humanidad. De esta ecuación se excluyen las revoluciones y los derrocamientos violentos. ¿Qué hacemos frente a la crisis sociopolítica que azota Europa durante el periodo postilustrado y postrevolucionario? Una bonita enciclopedia de las ciencias. ¡Y luego hay quien dice que los filósofos carecen de sentido práctico! Aparte de la ironía fácil que por un momento nos hemos permitido, debemos reconocer que el sistema es, en sí, coherente y riguroso, pero esto no es suficiente para que sea verdad. No podemos esconder nuestra perplejidad acerca de un comportamiento inflexible de tipo intelectual que concede al conocimiento una indiscutible primacía en el plano material y que subordina toda intervención práctica al imperativo orden de las ideas (orden que, sin embargo, es rigurosamente teórico). Por fin llegan las críticas.

No tenemos suficientes elementos para tomar una decisión[45]. Así que volvamos a nosotros y veamos dónde estamos. ¿Cuál es la situación? La situación de crisis en la Europa de inicios del siglo XIX. ¿Por qué nos interesa especialmente? Porque mediante el diagnóstico de la crisis de su tiempo, Comte fija los objetivos y las modalidades de su obra (y de los dos capítulos que veremos a continuación). Esto es lo que hemos visto hasta

ahora.

La crisis es, sobre todo, de tipo intelectual y, solo en consecuencia, con carácter material. El mal intelectual es doble; heterogeneidad metodológica y especialización de las ciencias. En consonancia, el remedio también debe ser doble: una sociología positiva que propague el método científico a los hechos sociales y una filosofía positiva que sistematice los resultados de las ciencias particulares.

Las formas del devenir histórico

Hemos dejado algunos temas en el aire. Tenemos que elaborar una sociología positiva, una filosofía positiva y una enciclopedia de las ciencias. Y. además, hay la ley de los tres estados, sobre la que tenemos que hablar pero que no lo hacemos. Filósofos. Magos del suspense. En otras palabras: se olvidan de lo que están hablando y empiezan a hablar de otra cosa. Pues bien, ahora nos ocuparemos de una pregunta.

Se trata de la siguiente: ¿cuál es el sujeto de la historia? Ya hemos respondido: las ideas. Sí, pero, ¿las ideas de quién? ¿De cada persona? Ni en sueños. Tal como se explica en el Curso de filosofía positiva, el espíritu es el espíritu universal: «el hombre propiamente dicho no es nada más que una abstracción, lo único real es la humanidad, sobre todo en el orden intelectual y moral». Ahora solo nos falta pensar a título individual. Y quizás también proteger los derechos y las libertades que definen el ámbito privado. ¿Y luego? ¿Libertad de pensamiento para todos? Una verdadera locura. Demasiado liberal para Comte. Nos estamos desviando del tema. Más adelante hablaremos de sus posibles implicaciones políticas. Volvamos al sujeto de la historia: el espíritu de la humanidad, que es uno y universal.

Comte forma parte de aquella categoría especial que llamamos «el pensador sistemático». El pensador sistemático habla a la humanidad en nombre de la humanidad. ¿Y qué le dice a la humanidad? Seguro que algo importante. Le habla del destino marcado y del camino que debe seguir para alcanzarlo.

El pensador sistemático sabe de dónde viene y adónde va. Y no solo esto, también sabe de dónde vienen y adónde van todos los otros hombres, y lo sabe mejor que ellos mismos.

El pensador sistemático vive en una realidad global y en movimiento que se dirige esplendorosamente hacia algo mejor. Si la sociedad no es perfecta, si esta sufre un estancamiento, una inversión y una regresión, es porque se desconoce la ley de desarrollo. ¿Hay alguien mejor que el pensador sistemático para descubrirla? La ley de esta realidad global es la

ley del progreso, un progreso único y lineal, necesario e irreversible. Podemos decir que los elementos que caracterizan los sucesos históricos son básicamente tres (podría ser peor, podrían ser diez): progreso, determinismo y (¡sorpresa!) unidad.

En la historia de la humanidad, Comte nos explica la historia de un único pueblo, «el pueblo humano». Su estructura es única porque la naturaleza humana también lo es. El hombre tiene una determinada naturaleza, constante e inmutable, que se puede reconocer y definir a lo largo de las épocas. Y es precisamente de la naturaleza que el hombre extrae el orden esencial de la sociedad y la ley que necesita para su evolución[46]. Se trata de una evolución progresiva que se desarrolla a través de fases precisas. Precisas en número y en orden de sucesión.

La historia es un devenir inevitable: ocurre lo que debe ocurrir, y lo que ha ocurrido no podía no ocurrir. La regla que determina los modos (y las fases) de desarrollo es necesaria, y también lo es el éxito que el progreso del espíritu humano quiere alcanzar Entonces, ¿la historia tiene una finalidad? Sí, la tiene: se llama Auguste Comte, o, al menos, él lo cree así (alguien podría decir que incluso él es el único que se lo cree).

La finalidad, o mejor dicho, el fin de la historia, es el positivismo. Hablamos del uso universal del método positivo en todos los campos del conocimiento, que es exactamente el objetivo que busca Comte con su enciclopedia de las ciencias (ya veremos si lo logra). Perfecto, todo bien establecido. Pero si los hechos se adaptan solos a la ley de la historia, ¿qué hacemos nosotros? ¿Nosotros? ¿Quién es nosotros? ¿Nosotros, los individuos? No mucho. El éxito está determinado y las etapas para lograrlo ya están bien definidas.

Sin embargo Comte admite que existe un margen de intervención para los hombres, sobre todo para los filósofos (que destacan por su tendencia a intervenir). ¿Qué espacio puede abrirse en favor de la acción del hombre en el riguroso determinismo de toda la historia?

Comte lo delimita con el concepto de la «inevitabilidad modificable»: «inevitabilidad» es el éxito de la historia y «modificables» son los modos y los tiempos en que se realizan. El curso del espíritu humano conduce

inexorablemente hacia algunas metas, pero esta evolución exige más o menos tiempo y puede derramar más o menos sangre. Sobre la duración y la modalidad del desarrollo, que resulta inevitable, está en juego la parte de libertad reservada a los hombres. La tarea del filósofo es entender la ley fundamental del devenir histórico, para acelerar sus tiempos y reducir los costes:

> La evolución fundamental de la humanidad está necesariamente dada y solo la valoración exacta de su proceso natural puede ofrecernos la base natural para una sana intervención. […] Una sana política no puede presentarse como el objetivo para el avance de la especie humana, que se mueve mediante su impulso según una ley necesaria, sino que tiene el objetivo de hacer más fácil este camino iluminándolo[47].

Se trata de una intervención limitada e indirecta. ¿Indirecta desde dónde? Desde la reflexión teórica. La acción sobre el mundo debe basarse en el conocimiento del mundo (y las leyes que gobiernan el desarrollo). Esto vale tanto para los fenómenos naturales como para los humanos y sociales.

Nuestro pensador muestra asombro frente a los «vanos intentos de acción política directa» que pretenden cambiar la realidad sin haberla entendido antes. La crítica va dirigida tanto a las ilusiones de los grandes hombres[48] como a las utopías de los reformadores y de los revolucionarios.

Todos ellos creen que se puede cambiar el curso de la historia con la elaboración de proyectos para una nueva sociedad o con la violencia. Pero no es así. El riguroso determinismo que domina la historia impone al hombre una buena dosis de subordinación. Es una visión general, sin detalles, pero lo que parece que realmente cuenta es que se asume el silencio y la resignación.

¿Ilustración positivista?

Si seguimos el hilo de pensamiento de Comte, hemos celebrado la razón científica, hemos condenado las supersticiones metafísicas y hemos trazado una línea histórica en una dirección optimista hacia el progreso, cognoscitivo y moral. ¿Nos suenan todas estas cosas? Claro que sí, sin ir más lejos son algunos de los temas preferidos de la Ilustración del siglo XVIII.

Hay quien puede haber interpretado que el positivismo es la continuación (pero no «la mera» continuación) de la Ilustración. ¿Hablamos de una Ilustración positivista? Es innegable que existen algunos elementos en común y los más evidentes ya los hemos visto: la fe en la razón como medio de progreso en beneficio del hombre y de la felicidad universal (o al menos el bienestar universal), el rechazo de la metafísica y de todo saber que no se pueda demostrar en favor de una ciencia rigurosa y táctica, y para terminar una visión que tiende a una existencia laica y que busca su sentido más en lo terrenal que en lo espiritual.

Estos son algunos puntos clave en los que sin duda están de acuerdo, sin embargo entre ilustrados y positivistas existen algunos elementos de discordia. Los ilustrados viven una época de lucha que les enfrenta con las fuerzas culturales y sociales dominantes, y encarnan el espíritu de una reforma que, con sus variantes, engendrará una revolución. Los positivistas actúan en un marco muy diferente: la mentalidad laica y el pensamiento científico están bien afirmados, mientras que las viejas formas culturales y sociales permanecen debilitadas y no suponen una amenaza.

Comte no quiere oír hablar de revoluciones, la humanidad debe avanzar y superar una tradición política que ya es anacrónica, pero todo debe hacerse con moderación y orden, sin violencia y sin giros radicales en la jerarquía establecida. Tampoco está exento de polémica el reconocimiento de la ciencia por parte del positivismo en relación con la filosofía.

La filosofía ilustrada procede con mayor cautela y crítica frente a los eventos científicos, de los que se encarga de valorar la legitimidad de sus principios y de delimitar su campo de acción. En cambio, al positivista esto no le preocupa demasiado, la ciencia funciona y funciona bien así; el filósofo solo debe ordenar y clasificar los resultados, y esto es exactamente lo que quiere hacer Comte. Si Hume había puesto en duda la importancia de los conocimientos científicos y Kant los había restringido con esmero, Comte los disfruta y los celebra. Quizás no llega al exceso de creer en una ciencia absoluta, pero a veces se acerca mucho. Por ejemplo,

el proyecto de elaborar una enciclopedia universal no es tan diferente del viejo ideal (¿metafísico?) de hallar una explicación completa de lo real y de un pensamiento que lo entienda.

La ley de los tres estados

Llegó el momento: se han terminado los preliminares y al fin llega el momento de dedicarnos a la ley de los tres estados. Veámosla sin más dilación:

> Así, al estudiar el desarrollo total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de actividad, desde sus orígenes hasta nuestros días, creo haber descubierto una gran ley fundamental, a la que está sujeto este desarrollo con una necesidad invariable. […] Esta ley consiste en que cada una de nuestras principales especulaciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico o ficticio, el estado metafísico o abstracto, y el estado científico o positivo. En otras palabras, que el espíritu humano, por su naturaleza, emplea sucesivamente, en cada una de sus investigaciones, tres métodos de filosofar […]: primero, el método teológico; a continuación, el método metafísico; y, por fin, el método positivo. De aquí, tres clases de filosofías, o de sistemas generales de reflexión sobre el conjunto de los fenómenos que se excluyen mutuamente.
>
> El primero es el punto de partida necesario de la inteligencia humana. El espíritu humano, al dirigir esencialmente sus investigaciones hacia la naturaleza íntima de los seres, hacia las causas primeras y finales de todos los efectos que le asombran, se representa los fenómenos como producidos por la acción directa y continuada de agentes sobrenaturales. […]
>
> El segundo estado está destinado únicamente a servir de transición entre el primero y el tercero. En el estado metafísico, que en el fondo no es más que una simple modificación del primero, los agentes sobrenaturales son reemplazados por fuerzas abstractas, verdaderas entidades (abstracciones personificadas), […] la culminación del sistema metafísico consiste en concebir en lugar de entidades particulares, una sola entidad general, la naturaleza. […]
>
> El tercer estado es el método definitivo de toda ciencia. En el estado positivo, el espíritu humano, reconociendo la imposibilidad de obtener nociones absolutas, renuncia a buscar el origen y el destino del universo y a conocer las causas íntimas de los fenómenos, para dedicarse únicamente a

> descubrir, con el uso bien combinado del razonamiento y de la observación, sus leyes efectivas, es decir, sus relaciones invariables de sucesión y de similitud[49].

Recapitulemos. La historia es la historia del espíritu, en otras palabras, del conocimiento. Y en especial del conocimiento científico, el único que de verdad sabe algo. De este modo, el espíritu científico se desarrolla en tres fases, que se definen con tres formas de pensar, es decir, tres métodos diferentes para analizar los fenómenos que dan lugar a tres formas diferentes de concebir el mundo. En primer lugar la teología, que quiere explicar las causas finales de todas las cosas mediante los seres o las fuerzas sobrenaturales. Pero no funciona. En segundo lugar la metafísica, que lo vuelve a intentar con las entidades abstractas, como las esencias o la naturaleza. Tampoco funciona. Y en tercer y último lugar el positivismo, donde el espíritu humano deja de buscar el sentido profundo del mundo (se lo inventa cuando no lo encuentra) y hace aquello de lo que es capaz: observa los fenómenos y determina sus leyes de relación de forma científica. Esto en lo referente al desarrollo general de la inteligencia humana. ¿Y qué ocurre con la mía? ¿Cómo funciona la evolución de mi cerebro?

A Comte no le interesan los cerebros de cada persona (a excepción del suyo, claro), sin embargo no muestra una total indiferencia frente a esta pregunta y se interroga sobre qué relación existe entre la evolución de la inteligencia humana y el desarrollo intelectual del individuo. ¿Y qué relación podría encontrar un pensador sistemático como Comte que no sea una correspondencia perfecta? «¿Quién no recuerda haber sido teólogo en su infancia, metafísico en su juventud y físico en su virilidad?»[50]

Y punto. ¿Quién no lo recuerda? Quizás el paralelismo es más sugestivo que verdadero. Pero esta no es la cuestión, no hace falta que le demos demasiadas vueltas. Lo que cuenta de verdad es la historia del espíritu universal. Volvamos a ello. Una cosa sí que resulta cierta; el positivismo es la finalidad. ¿Y por qué no también el origen? Si resulta que es una filosofía tan sumamente válida, tan válida como para pasar por encima de todas las demás, ¿por qué no adoptamos el método desde el inicio? ¿Qué necesidad hay de permanecer durante siglos con las síntesis tan poco adecuadas de la teología y la metafísica? Pues porque el hombre primero debe vivir y luego filosofar.

El positivismo no puede ser una filosofía trasnochada: confesar su incapacidad para desvelar el sentido profundo del mundo y contentarse con solo descifrar la superficie no es una actitud natural. Al inicio la teología funciona mejor porque permite que la humanidad viva. Ofrece al hombre un mundo inteligible y benévolo, lleno de individuos semejantes a él, lo que le aporta seguridad y confianza. Sin embargo, el espíritu positivo está latente y presiona para emerger. Y es justo por este motivo que la historia no se para, porque el espíritu positivo que busca la regularidad entre los fenómenos critica incesantemente las ideas de la teología y la metafísica, y obliga a la historia a avanzar Cuando nos damos cuenta de la uniformidad de las leyes y logramos prever la evolución de los fenómenos es cuando dejamos de concebirlos de forma teológica y metafísica: no necesitamos divinidades o esencias que hagan mover las cosas o producir los fenómenos, estos se producen por sí mismos y no necesito nada más para explicarlo. Teología y metafísica son intrusos en el reino del conocimiento. Pero solo en el del conocimiento. El espíritu humano habita en otros reinos. En el de las creencias, por ejemplo. El reino de las creencias es una zona franca, e incluso el filósofo positivista tiene la libertad de formarse una opinión sobre un tema. La filosofía positiva sostiene que «en el orden existente del universo, o mejor, de la parte que conocemos, la causa directa que determina cada fenómeno no es sobrenatural, sino natural»[51].

Las leyes de la naturaleza no pueden sino darnos la razón sobre su origen primario. Es verdad que podríamos decir que un origen primario no existe y que incluso no existe ni la necesidad de preguntarse si existe. Por otro lado, aceptar un principio, una inteligencia o incluso un diseñador inteligente que sea el origen del universo tampoco se contradice con la afirmación positiva de un orden natural. La idea es la siguiente: lo que se puede conocer científicamente (el mundo de los fenómenos) debe conocerse científicamente. Pero donde no alcanza el conocimiento científico (cuando se empieza a hablar de origen primario o finalidad última del mundo), es lícito juzgar: que cada uno opine lo que quiera. A condición de que se lo crea, claro. Porque al final solo se trata de esto, de creer, sin verificaciones ni refutaciones, empíricamente y sin fundamentos. No existen términos para decidir (científicamente) la razón o el error de una opinión metafísica, aunque se puede reconocer su estatuto, que es opinable[52].

Puntos problemáticos y advertencias críticas de prevención

Comte nos ha explicado una bonita historia, una historia muy larga, y lo ha hecho desde su inicio: es la historia de la humanidad y de aquello que explica en gran medida su espíritu: el conocimiento. Pero no se trata solo de una historia pasada, la historia sigue en la actualidad, la humanidad no parece querer desaparecer por el momento.

No obstante, a Comte no le gustan los finales abiertos y siente la necesidad de decirnos cómo termina la historia. De hecho, tampoco no debe faltar demasiado, teniendo en cuenta que el final es el positivismo y que es Comte quien está empeñado en que así sea. Al margen de las exigencias personales (un poco obsesivas) de nuestro filósofo para terminar el cuento, existe otra razón para teorizar sobre el final. Todas las etapas del camino de la historia están determinadas por una ley inmutable e inevitable: el hombre no puede huir del destino que le impone su naturaleza. Si esto es verdad, si conocemos la regla del desarrollo de la historia, entonces resulta posible prever el éxito:

> Hoy en día, ningún hombre inteligente dudaría de que, en esta larga sucesión de esfuerzos y de descubrimientos, el genio humano no haya seguido siempre un camino determinado, cuyo conocimiento previo habría permitido a una inteligencia bastante formada de prever, poco antes de su realización, los progresos esenciales reservados a cada época[53].

Ciencia, de donde previsión. Conozco la ley de producción de un fenómeno y, por lo tanto, preveo su efecto. Y lo debo hacer antes de que suceda. Hacerlo después está al alcance de cualquiera. Es como aquellos secretos sobre el futuro de la humanidad que se revelan justo después de que hayan ocurrido. No tan rápido. Especular con el futuro es algo que seduce. Es tan incierto e indeterminado que cualquier teoría, más o menos imaginativa, se atreve a describirlo. El futuro, sin embargo, es una criatura insidiosa, y la insidia principal que esconde detrás de la garantía del «por ahora, todavía no» es que tarde o temprano ocurre.

Comte no presenta el futuro positivo como un ideal a alcanzar, un «estaría bien que». El futuro del que nos habla no es una posibilidad real, sino una realidad necesaria: debe ocurrir y, por lo tanto, ocurrirá. Si digo que estaría bien que algo ocurriese y al final no sucede, este «algo» puede seguir siendo válido, un ideal que podemos seguir persiguiendo. Pero si alguien me dice que algo debe ocurrir y al final no sucede, entonces es que se ha equivocado. Por lo tanto, ¿ocurre el futuro que prevé Comte? En cierta medida, sí. La intuición de que la ciencia era importante para la sociedad es cierta.

Comte describe el advenimiento y las características de una sociedad industrial organizada, especializada y dominada por el cálculo científico. ¿Qué más podemos decir? «Si no es del todo justo, tampoco del todo equivocado.»[54] Es la venganza póstuma de Comte[55].

Los pronósticos no terminan aquí. El cuadro de la futura sociedad positiva muestra más detalles. Lo veremos en el próximo capítulo. Entonces, ¿por qué ha salido el tema ahora? ¿No habíamos acordado que la polémica sin una previa y profunda comprensión es hacer por hacer? Sí, lo habíamos dicho y así es. La razón por la que sacamos el problema es que el objeto de la crítica no son tanto los detalles de la previsión, como la pretensión de querer definir una ley necesaria de la historia que admita que se puede prever su éxito. Si estamos de acuerdo o no, lo hablaremos cuando hayamos definido los detalles. Por ahora limitémonos a reflexionar sobre la legitimidad de la presunción: ¿de verdad existe una ley necesaria y universal que rige la historia de la humanidad? ¿De verdad lo que ocurre sucede porque debe suceder?

Como dice el sabio, «todo tiene un porqué». Es cierto. Es lógico que supongamos que lo que ocurre, sucede porque existen otros eventos, acciones, circunstancias que lo han provocado y que nos ayudan a entender por qué las cosas son así. Pero este no es verdaderamente el sentido del «motivo» por el cual todo ocurre. El motivo en cuestión no es la causa, sino el objetivo. Y en esto ya no estamos de acuerdo. ¿Por qué siempre debe haber una finalidad? A lo mejor es que simplemente ha sido así, y aunque tampoco se ha dicho que haya salido bien, casi seguro que podría haber salido mejor.

Comte dice que todo aquello que sucede después es la finalidad de aquello que ha ocurrido antes, y aquello que sucederá al final será mejor que todo aquello que ha ocurrido hasta ahora. Esto puede parecemos, como mínimo, un poco forzado. Él ha encontrado su ley fundamental y la quiere imponer como sea a la historia con la selección de los hechos y encajándolos para que todo funcione. Y no siempre todo funciona.

Comte acusa a los historiadores de tratar la historia como un elenco de hechos repartidos sin ningún tipo de relación y sin una ley que dé sentido al conjunto, pero los historiadores acusan a Comte de haberse inventado la suya, en cuanto una ley como la que él propone no existe en la historia real. Si fuese verdad que los historiadores se pierden en los detalles (quien escribe esto no lo piensa), también sería verdad que Comte no los tiene en cuenta. Nuestro filósofo, con la modestia que lo caracteriza, declara que de un solo golpe ha atrapado la ley que gobierna en el interior del devenir histórico de la humanidad; mientras que los historiadores todavía se dedican a elaborar cronologías de hechos irrelevantes. Pero atención, la mirada de quien atrapa las leyes generales de las cosas no tiene que ser necesariamente sagaz. A veces, sencillamente es torpe. Cegado por la llama de la ley universal, se olvida de los pequeños detalles que quiere explicar con esta ley. Se trata de un vicio que los filósofos padecen de vez en cuando: prestar poca atención a lo que ocurre fuera de su cabeza.

Un espíritu ordenado: la enciclopedia de las ciencias

Introducción al tema: ¿por qué debemos ocuparnos de ello?

En el capítulo anterior nos hemos quedado con el fin de la historia. Pensábamos que estábamos cerca de la conclusión, pero en cambio todavía faltan dos capítulos. Si el espíritu humano ha atravesado todas las etapas de desarrollo y ahora ha alcanzado victoriosamente la fase final, ¿qué más podríamos añadir?

La cuestión es muy simple, y es la siguiente: todo espíritu humano pasa por los tres estados, pero no todas sus partes se dan al mismo tiempo. Algunas partes todavía no han terminado. Y, en consecuencia, el positivismo está incompleto. ¿Un pensamiento, y además positivo, que permanece incompleto? ¡Horror! Para el pensador sistemático esto resulta inaceptable. El espíritu humano solo encontrará su realización completa y coherente cuando todas las disciplinas intelectuales, desde la astronomía hasta la política y la moral, hayan adoptado la misma forma de pensar el positivismo. Mientras coexistan formas de pensar contradictorias, mientras filosofías incompatibles dividan las mentes, el espíritu positivo será incompleto y la historia no podrá pararse. Hay quien pueda pensar que la historia no se parará cuando el espíritu positivo sea completo (admitiendo que el espíritu positivo pueda completarse). Hay quien incluso podría añadir que, una vez hayamos logrado un fin, encontraremos otro que alcanzar (admitiendo que la historia se mueve por objetivos). Ambos se equivocan. Y quien escribe entre paréntesis se equivoca aún más. La historia tiene una finalidad, que es única y se llama positivismo, y que debe presentarse necesariamente y de forma universal en todos los ámbitos del

conocimiento humano. Se trata de determinar el tempo. Para hacerlo debemos distinguir las diversas partes del espíritu (que son las diferentes ciencias), ya que estas tienen ritmos de desarrollo diferentes. Cada ciencia tiene sus tiempos para evolucionar a través de los tres grados y llegar al positivismo.

El estado positivo ordena al espíritu que analice lo real de forma rigurosa y sin ilusiones. No es algo que ocurra de inmediato, el pensamiento debe trabajar y formarse durante un tiempo para lograrlo. Y es precisamente por esta razón que el positivismo es una filosofía «atrasada». Pero no todos llegan tan tarde, alguno llega antes. Nuestra inteligencia es una criatura hambrienta y omnívora. Trata con una gran variedad de objetos, algunos más simples y otros más complejos. Cuanto más simple es una materia, más fácil resulta pensarla de forma positiva, porque es más fácil que emerjan reglas y conexiones entre los fenómenos que se estudian. Como consecuencia, el paso hacia el estado positivo se hará más ágil y veloz.

Para las disciplinas que tratan con objetos más complejos, debemos esperar algo más. Pero si existe algo que viene antes y otra cosa que viene después, significa que estamos ante un orden de sucesión. Un orden preciso de sucesión según el cual las diferentes ciencias han entrado en los tres estados, y en especial en el estado positivo. Pero no solo se trata de una sucesión cronológica. El resultado de la investigación es una escalera de subordinación de las ciencias en que el peldaño inferior sigue de forma lógica al inmediatamente superior. Un orden temporal y al mismo tiempo un orden lógico: dulce música para los oídos sistemáticos de nuestro filósofo. Pero todavía podemos mejorarlo con un tercer criterio en el orden de las ciencias; un tercer criterio que nos devuelva el mismo orden con la misma sucesión que obtenemos cuando aplicamos los dos otros (histórico y lógico).

Este es el plan: comprender todo el saber humano, aplicarle los tres criterios diferentes de clasificación y obtener el mismo resultado en todos los tres casos. Una ardua tarea, sin duda. Aunque insignificante para un pensador sistemático. ¿Queremos un tercer criterio en coherencia perfecta con los otros dos? Pues aquí está: el criterio pedagógico. Así pues, tras haber estado organizando todas las ciencias, lo que podríamos hacer es

enseñarlas. ¿Y por dónde vamos a empezar la enseñanza (el aprendizaje, si no nos llamamos Auguste Comte) si no es a partir de los fenómenos simples, para luego avanzar hacia los más complejos? Sí, resulta lógico. ¿Empezamos? Todavía no. Hemos esclarecido los criterios y los motivos de la enciclopedia de las ciencias que vamos a examinar. Esta nace de la necesidad de una comprensión más profunda y articulada de la ley de los tres estados: el orden que las ciencias tienen en la enciclopedia nos muestra el orden en que la inteligencia humana se convierte en positiva (a través de los tres estados) en los diferentes campos del conocimiento. Pero existe otro orden de motivos que hace imprescindible la ardua tarea de una sistematización del saber Antes de hacer nada, sobre todo si se trata de algo agotador (una reorganización completa de todo el saber humano parece que lo sea), será mejor especificar bien por qué resulta indispensable hacerlo y porqué, si lo hacemos, la humanidad nos deberá estar eternamente agradecida.

Comte no deja ninguna aclaración sin respuesta. Entonces, ¿por qué deberíamos asumir el encargo de elaborar una enciclopedia de las ciencias? Ya lo hemos dicho, hagamos un pequeño resumen. Europa está en crisis (vientos de cambio); las raíces de la crisis aumentan la desorganización del saber; para resolver la crisis debemos reorganizar el saber Diagnosis y prognosis. La ciencia es la base del consenso social y resulta sustancial que esté bien organizada en un saber unitario y orgánico, de lo contrario, ¿cómo podría ser unida y ordenada la sociedad europea que se debe fundar? Esto es lo que debemos hacer: un inventario exhaustivo del conocimiento humano, de lo que ya sabemos y de lo que debemos saber. Pero «inventario» no suena muy elegante, que digamos. Probémoslo en latín: ars inventariandi, Mucho mejor Decir las cosas en otra lengua siempre aporta cierto rango, sobre todo si está muerta.

Y, ¿por qué debe ser un filósofo quien haga todo este trabajo de reorganización de la ciencia? ¿No podrían hacerlo los científicos? Claro que no. El problema siempre es el mismo: la dispersión del análisis. Los científicos tienen la maldita costumbre de ser modestos (Comte es la excepción que confirma la regla) y se contentan con solo realizar su tarea científica sin pretender alzarse como sacerdotes de la humanidad o gurús espirituales de la sociedad moderna. Se limitan a estudiar un trozo pequeño de la realidad, una parte pequeña de una ciencia (y así están seguros de

hacerlo de forma seria y rigurosa). No quieren saber nada de planes monumentales para regenerar toda la humanidad o el conocimiento universal. Pero por suerte tenemos a Comte. Él sí que piensa en una refundación del sistema de las ciencias y en reformar la sociedad. Además, los científicos no esperan otra cosa que venga un filósofo y les diga qué hacer.

La clasificación

Por fin llegamos a la clasificación de las ciencias. Parece imposible que podamos hablar de la clasificación sin antes tratar algún punto. Y, de hecho, no podemos. Y no lo haremos. ¿De verdad pensábamos empezar a filosofar sobre todas las ciencias enciclopédicas sin reflexionar ni siquiera un momento sobre qué entendemos por «filosofía de una ciencia»? Ni por asomo. Sería temerario. Antes de iniciar la clasificación de las ciencias debemos entender qué es la «filosofía de una ciencia». Tratemos primero la «filosofía» y luego hablaremos de «una ciencia». Comte utiliza el término «filosofía» con la acepción general que daban los antiguos y, en especial, Aristóteles, para indicar el «sistema general de los conocimientos humanos»[56].

Nada nuevo. Al fin y al cabo se trata de algo que ya hemos visto (y parece ser que ya se dijo en el siglo IV a. C.): la filosofía guía la obra de unificación y coordinación de los resultados de cada una de las ciencias en un saber orgánico y sistemático. ¿Pero de qué se encarga la filosofía de una ciencia especializada? De su método. Esta respuesta tampoco causa admiración.

Así pues, la filosofía de una ciencia es la filosofía del método de esta ciencia. Pero el método de toda ciencia está relacionado con la ley de los tres estados, que son precisamente los tres métodos para analizar los fenómenos que toda ciencia históricamente asume: primero el método teológico, luego el metafísico y, para terminar, el positivo. De esta forma la filosofía del método de las ciencias es la filosofía de la historia del método de las ciencias, es decir, es la historia de cómo cada ciencia alcanza el método positivo.

¿Y qué destaca en el método positivo? Las matemáticas. Entonces, la historia del positivismo de las ciencias es la historia de cómo las ciencias se convierten en matemáticas, es la historia de cómo las ciencias, una tras otra (y según un orden preciso), han sido seducidas por el encanto de las matemáticas. Qué círculo más bonito acabamos de trazar. Un poco ancho, pero no pasa nada. Trazar círculos con el pensamiento sirve para retomar

todos los elementos del discurso y entender cómo se relacionan entre ellos. Pero no lo vamos a repetir. Con una vez basta.

Ahora veamos la clasificación de las ciencias. ¿Quién lidera la clasificación? ¿Cuál es la ciencia con el tema más sencillo que ha alcanzado en primer lugar el estado positivo y que someteremos a estudio? Las matemáticas[57]. Podría tratarse solo de esta: rigurosa e infalible desde el inicio de los tiempos. Sí, lo hemos dicho: «desde el inicio de los tiempos». Este es precisamente el tema: las matemáticas no se vuelven positivas, nacen positivas.

Estas adoptan desde el primer momento el método positivo, sin pasar por los primeros dos estados (teológico y metafísico).

> Las matemáticas difícilmente pueden ser representadas en el estado teológico. Con toda probabilidad nunca nadie ha pensado que la voluntad de un dios haya impedido la unión de dos rectas paralelas o la equivalencia a cuatro de dos más dos; como tampoco nunca nadie ha rezado a los dioses para hacer el cuadrado de la hipotenusa más o menos grande de la suma de los cuadrados de los catetos; ni tampoco nunca ni en ningún país se ha constatado la existencia de un dios del Peso[58].

Tras el merecido homenaje a la primera de las ciencias positivas, sigamos con la clasificación de todas las demás ciencias. El primer puesto lo ocupan las matemáticas (ha quedado claro), le siguen la astronomía, la física, la química, la biología y la física social, también llamada sociología. Cada una de ellas forma parte de la clasificación una vez alcanzan el estado positivo. Una disciplina puede enorgullecerse oficialmente de tener el título de «ciencia» solo cuando asume el modelo matemático. Las matemáticas no tienen que esperar su momento catártico y ya se desarrollan como ciencia durante el periodo de los antiguos griegos (Comte piensa, por ejemplo, en la geometría de Euclides y de Apolonio). En la Edad Moderna, se desarrolla la astronomía gracias a los trabajos de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton. Más tarde, Pascal, Huygens, Newton y Papin llevan la física al positivismo. Y luego llega el turno de la química con Lavoisier. Al final también alcanza el estado positivo la biología gracias a la obra de Bichat y Blainville.

Ahora solo falta por llegar la sociología. Esta todavía no puede gozar del

reino de las ciencias porque aún no ha alcanzado el estado positivo. Se trata de una clasificación un poco especial. Para empezar; porque se puede leer en dos sentidos. En el inicio de la enciclopedia encontramos las ciencias que se convierten antes en positivas, pero las más importantes son las últimas y, en especial, la última: la sociología. Esta entra muy tarde en el estado positivo (o, mejor dicho, entrará, ya que todavía no lo ha hecho), porque se ocupa del terna más complejo y «más especializado e interesante para el hombre»: la sociedad humana. El problema (no ha tardado mucho en presentarse) es que todavía falta un estudio positivo, matemático, se entiende, de los fenómenos humanos. Hasta que no se elabore un estudio de esta índole, con su debido rigor metodológico, el positivismo estará destinado a permanecer incompleto, y ya sabemos en qué medida esto puede molestar a un pensador sistemático.

El vértice de la pirámide: la sociología

Llegó el momento anhelado (al menos para Comte), la solución a todas nuestras inquietudes como pensadores sistemáticos y a la crisis: la expresión plena y completa del positivismo. Por fin podremos dormir tranquilos, nosotros y Europa. Pero ¿cómo ha ocurrido? El método positivo se ha extendido a todas las ciencias, desde las más sencillas hasta las más complejas. Para ser precisos debemos admitir que nos faltaría una, la sociología, pero Comte también se encargó de positivizarla. Y ahora nosotros nos encargaremos de ver cómo. Nos espera una ardua tarea: el tema es complejo y, respecto a sus conocimientos, estos dan pavor. Las teorías sociales, pero también las morales y políticas, aún se aferran a conceptos metafísicos o incluso teológicos. Los papas y los obispos se atribuyen el derecho a dictaminar la fe de los hombres, no solo del mundo invisible, y reivindican el origen divino de las reglas del deber. Los metafísicos, por otro lado, se limitan a sustituir la voluntad divina con la idea no menos discutible de un derecho abstracto y natural que no se sabe demasiado bien dónde se encuentra. Sin duda, no está cerca de la experiencia. En resumen, un desastre. Pero no por mucho tiempo.

Para Comte ha llegado el momento de coger el toro por los cuernos. Se muestra firme, resuelto y decidido a elevar el estudio de los fenómenos sociales al estado positivo, mediante los cambios oportunos y a partir de cambios metodológicos.

En el país de las ciencias reina una política especial de integración para los recién llegados: si la sociología quiere obtener la ciudadanía científica, debe abandonar las viejas costumbres metafísicas y empezar a comportarse como todas las otras ciencias. Debe tomar como modelo las matemáticas y tiene que descubrir las leyes internas de los fenómenos que le afectan, es decir, el comportamiento humano. Tras una remodelación metodológica en la frontera, por fin la sociología puede entrar en el reino de las ciencias como física social. Puede considerarse como parte de la física, precisamente como aquella parte de la física orgánica que estudia al hombre y cómo este se comporta en sociedad.

> La física social es la ciencia relativa al estudio de los fenómenos sociales, en la misma condición que los fenómenos astronómicos, físicos, químicos y biológicos, eso es, fenómenos sujetos a leyes naturales invariables, cuyo descubrimiento es el objetivo esencial de sus investigaciones. […] Como cualquier otra ciencia, la física social considera cada fenómeno, cada hecho político, como un objeto de observación, sin admiración ni crítica[59].

Un programa sencillo con solo dos puntos: método positivo-matemático y juicio imparcial. Sobre el método positivo-matemático ya hemos hablado suficiente. Ha sido un verdadero placer, pero ahora ya podemos cambiar de tema. Vayamos al segundo punto: el proyecto de un análisis evaluativo. Se trata de una idea que suena como un déjà vu del principio de Spinoza para comprender las acciones humanas, sin risas ni lloros[60]. Resulta un inicio complicado. Las acciones humanas no son cuerpos gravitatorios que caen, es inevitable que se toquen y lo hacen de tal forma que se desplazan más allá del puro interés teórico, si aceptamos que el interés teórico pueda ser puro[61]. El hombre es una criatura egocéntrica: primero soy yo y, un poco más abajo, están las cosas que me incumben. Pues bien, mis semejantes, sus acciones y las consecuencias que las acciones de mis semejantes producen en el mundo en el que vivo yo también, todo esto son cosas que me incumben, y de cerca, además. Y es por esto que me interesan. Un interés considerable, en efecto. Existe una extraña relación inversamente proporcional entre mi interés por un tema y la distancia a la que se encuentra de mí. En nuestro caso, el tema (la acción humana) está muy cerca y, en consecuencia, el interés es máximo. La verdad es que resulta muy difícil juzgar de forma imparcial algo que nos interesa tanto. A todo el mundo le gusta juzgar. No solo nos gusta, incluso sentimos el deber de hacerlo. Por fuerza tenemos que hacerlo: ¿cómo podrían mejorar las cosas si no decimos cómo hacerlo a quien se ocupa de ello? ¡Si no hay nadie que consiga ver bien dónde están los problemas y cómo intervenir para solucionarlos! ¿Cómo podemos mantenernos en silencio si somos los únicos que entendemos algo? Sí, decididamente somos una especie con una clara tendencia al egocentrismo y a juzgar Y Comte es buen ejemplo. Reparte a diestro y siniestro: a los conservadores que quieren restaurar el viejo orden y a los progresistas que solo aceptan algo nuevo, a los políticos que no quieren estudiar matemáticas y a los científicos a los que solo les interesan las matemáticas. Y es evidente que las críticas en favor de eliminar la investigación afectan solo a la de los demás.

Hasta ahora hemos arrojado algunos comentarios metodológicos, por un lado con la recuperación del leitmotiv del método positivo y, por el otro, con la introducción al querer realizar una investigación evaluativa. Un principio ambicioso que hemos abandonado tan pronto como ha sido formulado hace unas diez líneas. Se acabó la espera, vayamos al grano. Empecemos con la definición del tema: la sociedad humana. Que el tema principal de la sociología sea la sociedad no es una revelación. Pero a lo mejor podemos reflexionar mejor sobre la naturaleza de nuestro tema y aportar algo nuevo. En primer lugar; podemos observar su carácter orgánico: la sociedad humana no es una materia inerte, está viva y organizada. Permanezcamos atentos. Cuando estudiamos un organismo vivo no podemos solamente analizar sus partes por separado y luego ponerlas en fila. Un organismo vivo no es un listado, es un sistema. Las partes están conectadas y organizadas entre sí para que todo funcione. Si aislamos un elemento del organismo, solo tendremos materia muerta. La materia viva es un todo único, el funcionamiento de un órgano se explica solo en relación con las otras partes y con el organismo en su conjunto. Lo mismo le ocurre al organismo social. No se puede entender una determinada religión, el sistema de organización del trabajo o la forma de gobierno de una sociedad si no tenemos en cuenta la sociedad en su conjunto. Pero esto no es todo. La sociedad humana no solo es un organismo, sino que es un organismo histórico que surge y se transforma con el tiempo. En el análisis también deberemos tener en cuenta este otro conjunto: toda la evolución histórica. Pero vayamos por partes. Tenemos que tratar muchos temas, ¿una única ciencia debe encargarse de todos? Sí, es posible, pero con las diferencias necesarias (no podría ser de otro modo). Como toda física que se precie, también la física social deberá disponer de, al menos, una estática y una dinámica[62] que, en un impulso creativo e incontenible, llamaremos estática social y dinámica social. Veámoslas por separado. A la estática social le encargamos el análisis de las estructuras permanentes de la sociedad, aquellos órganos esenciales que, a pesar de sus formas diferentes, siempre están presentes en todas las sociedades históricas. Por ejemplo, observamos diferencias enormes entre las lenguas, pero el hecho de desarrollar un lenguaje es un elemento común y constante que encontramos en cualquier comunidad humana. Una vez hemos definido el orden de una sociedad, que se convierte con facilidad en el orden de toda sociedad, deberemos estudiar su progreso, que es el desarrollo histórico del orden. La dinámica social trata precisamente de

esto: reconstruye las etapas que la sociedad humana recorre a lo largo de toda la evolución histórica. Orden y progreso son conceptos estrechamente correlativos. Una oportunidad única para elaborar los binomios que divierten tanto a los filósofos: por un lado el orden progresivo y, por el otro, el progreso ordenado. Pero nosotros tenemos a nuestro pensador sistemático, que no tolera tener que dejar dos conceptos en un mismo nivel, y que tiene la necesidad de ponerlos en fila. Comte menosprecia elegantemente y por igual a los conservadores y a los progresistas, pero si lo observamos bien, los progresistas le irritan un poco más; por lo tanto, primero el orden y, en segundo lugar, el progreso. En consecuencia, la dinámica también estará subordinada a la estática: el estudio de las «leyes fundamentales propias de los fenómenos sociales»[63] es prioritario. Hecho. Así pues, empecemos con la estática social. Al principio encontramos los perennes que nunca mueren (dejo que el lector decida si es bueno o malo). El hombre es benévolo y bueno por naturaleza con sus semejantes y, si se le ofrecen satisfacciones y placeres, la sociedad inspira en el hombre un deseo de perfeccionamiento que lo lleva a abandonar sus inclinaciones naturales a la pereza y a la indolencia para dedicarse a trabajar, incluso le ocurre «al más aburrido de todos los intelectuales»[64]. En el interior de las relaciones familiares los hombres son educados en el sentimiento social y el auténtico altruismo, y aprenden a amar a sus semejantes y a cooperar con ellos. A partir de esta bella panorámica, Comte destaca cinco estructuras fundamentales que organizan cada cuerpo social religión, propiedad, lengua, trabajo y familia. Comte siente debilidad por este último punto y por ello vamos a verlo en profundidad. La familia es la unidad afectiva donde se desarrollan los sentimientos y las relaciones sociales. En cualquier sociedad encontramos familias, si bien algunas sociedades son más familiares que otras. Sin ser demasiado liberales, claro. El modelo que Comte tiene en mente es el de la familia occidental, la tradicional. La familia ideal está formada por la «pareja fundamental» (marido y mujer, claro, en la familia positivista nada de parejas arcoíris), y por los hijos y los padres del marido. Regla número uno para una vida familiar tranquila y equilibrada: la jerarquía. Los hijos obedecen a los padres y la mujer, al marido. La mujer, al marido. Importante. El hombre es activo e inteligente, por lo que debe trabajar y mandar, mientras que la mujer es básicamente sensible, por lo que debe cuidar a los hijos y, algo mucho más útil y aconsejable, obedecer. «El gobierno de la casa concierne completamente al marido, este tiene autoridad absoluta. (…) Ninguna mujer debe procurarse la comida, puesto

que no tiene ningún poder ni propiedad sobre el gobierno de la casa.»[65] La única mujer que ostenta un cierto grado de poder espiritual, si bien no se entiende en qué consiste exactamente esto, resulta ser «la más venerable de todas las mujeres de la casa», la madre del marido. En resumen, el marido decide las cosas importantes y la suegra, las no importantes. El sueño de cualquier esposa. Es por este motivo que Comte insiste en la necesidad de eliminar el divorcio en favor del indiscutible y deseoso matrimonio positivista. No seamos tan duros con él. Debemos admitir que Comte hace un esfuerzo para reconocer los méritos de la otra mitad del cielo. Sin embargo, todo va a peor. La idea es la siguiente: el hombre piensa, actúa y manda, pero la superioridad basada en la fuerza se vuelve una forma de inferioridad en el plano moral. Aquí es cuando surge la nobleza de los sentimientos femeninos, lo que resulta suficiente para establecer su superioridad moral: «se cansa de actuar e incluso de pensar, pero nunca se cansa de amar»[66] Precioso. ¿Y cuál es la tarea encomendada al noble espíritu de una mujer? «Perfeccionar al hombre con su afecto.»[67]. Pues claro, ¿existe una forma mejor de usar tanta profundidad de sentimiento que no sea ponerla al servicio de un hombre? Estamos ante la reedición positivista del ideal italiano dolce stil nuovo de la donna angelicata. La mujer se convierte en un instrumento de salvación del hombre, y este a su vez se vuelve noble elevándose moralmente hasta lo divino a través del amor (espiritual, se entiende) que siente por su amada de «corazón gentil» y «semblanza angelical». ¿Qué otra cosa puede desear una mujer que no sea ser admirada y adorada como un objeto de salvación? Además, esto es una mujer (y, si no lo es, debería darse prisa para remediarlo): una cándida flor, toda puro sentimiento y delicadeza. Alguna también podría afirmar que es una mente pensante, y no un arbusto. Pero siempre sería la opinión de una mujer, que no importa. O, al menos, es ilógica. Quizás así ya sea suficiente. Liega el momento de hablar de la dinámica social. ¿Cuáles son las etapas del desarrollo histórico de la sociedad humana? Seguramente ya nos hacemos una idea. Siempre son las mismas: los tres estados (teológico, metafísico y positivo). Cierto, no pueden ser otras, la historia de la humanidad es una sola y todos los elementos que definen su evolución deben corresponderse. La última vez que hablamos de ellos estábamos centrados en el pensamiento, en los temas que tratan y en los métodos que incluyen. Ahora tenemos que añadir algunas consideraciones de tipo social y político. Empecemos de nuevo: el estado teológico. Se trata de una fase bastante extensa que empieza en la Antigüedad y sigue durante toda la Edad Media.

Veamos quién manda: el poder material está controlado por los militares, mientras que el poder espiritual es terreno exclusivo de los clérigos. Eso es: régimen monárquico, teocrático y militar. Este sistema empieza su declive con la Reforma protestante, pero la Revolución francesa le da el golpe de gracia. Se abre el llamado «interregno anárquico» en que todos discuten y nadie se decide a crear un nuevo orden social adecuado (positivo y orgánico) y a hacer que se respete: estamos en el estado metafísico. Se trata de una época de transición, llena de incesantes contradicciones, perennemente en crisis. ¿Nos suena? Es la época postrevolucionaria que vive Comte. ¿Europa empieza a moverse? Sí, ha llegado el momento. La vieja sociedad dominada por teólogos y guerreros ha terminado y resulta necesario crear un nuevo sistema de poder (y de personas al poder) que sustituya al anterior. Clérigos y teólogos se deben apartar a un lado porque ahora llega el turno de los científicos y de los ingenieros. Para ser precisos, existe todavía un peldaño más arriba en la pirámide del poder espiritual: es el que ocupan los filósofos positivistas, ordenados de forma jerárquica y sabia bajo la mirada y el consejo del sumo pontífice del positivismo, Auguste Comte. ¿De qué se encarga esta panda de cerebros iluminados? Para empezar, de la educación de todos aquellos que no forman parte de su grupo y que, analfabetos como son, seguro que no pueden educarse por sí mismos.

> La atribución principal del poder espiritual es la dirección suprema de la educación, entendida en su significado más amplio, que engloba todo el sistema de ideas y de costumbres necesario para preparar a los individuos para el orden social en el que deben vivir[68].

Al margen del control de la educación, Comte concede otra función destacable al poder espiritual: será el freno moderador del control político. Si pensamos en todas las veces en que personas situadas (no necesariamente por otros) en los rangos más altos de la espiritualidad se han dedicado a interferir en la ley temporal, observamos que no ha salido del todo bien. Siempre han sido sacerdotes, teólogos y otros afines a un sistema espiritual totalmente inadecuado. Los filósofos positivistas no tendrán ningún problema. Pero las novedades no terminan aquí. En la pirámide del poder político también se darán bastantes cambios. En primer lugar, los militares deben ceder su puesto a los industriales. Estos se organizan en un orden perfecto y exquisitamente jerarquizado bajo el mando de un triunvirato

formado por los tres banqueros más destacables, dedicados a los asuntos extranjeros, a los internos y a las finanzas. En el fondo, la nueva sociedad científico-industrial, por el hecho de ser una sociedad pacífica, no sabe muy bien qué debe hacer con los guerreros. En la moderna sociedad científico-industrial, las guerras son anacrónicas:

> Desde el momento en que los hombres piensan de un modo científico, la actividad más importante del colectivo deja de ser la guerra de los hombres entre ellos y empieza a ser la lucha de los hombres con la naturaleza, que termina con la explotación racional de los recursos naturales[69].

Comte se cita con la historia, pero la historia no aparece. Si pensamos en los acontecimientos de la humanidad ocurridos desde la mitad del siglo XIX hasta hoy, «pacífica» quizás no sea la palabra que me venga a la cabeza en primer lugar. Y a lo mejor tampoco está entre los diez primeros puestos. Sin embargo, Comte estaba convencido de ello: primero las guerras llegarían a su fin en la vanguardia de la humanidad, es decir, en la Europa occidental, y luego en el resto del mundo. Los occidentales habrían perdido el interés en una actividad despilfarradora e inútil como la guerra, primero dejarían de luchar entre ellos y más tarde abandonarían la idea de dominar a los otros pueblos (eso decía Comte a las puertas de la creación de los imperios coloniales del siglo XIX). Si los europeos se lanzaban a la conquista de África y Asia, sería una desgracia para todos. Sobre este último punto Comte tiene razón, y la tiene a fuerza de equivocarse.

La debilidad por las matemáticas

Como buen pensador sistemático, Comte incluye en su enciclopedia del saber todas las ciencias, pero siente debilidad por una de ellas. Existe una ciencia dotada de gran rigor deductivo, con vocación universal y que define, analiza y sistematiza como ninguna otra. Y sabemos cuál es, la de siempre, las matemáticas.

No resulta fácil resistirse a su capacidad explicativa: con una ley podemos explicar, prever e intervenir. Irresistible. Funciona tan bien que nos gustaría usarla siempre: ¿por qué no vamos más allá de los puros elementos matemáticos? ¿Por qué limitarnos a deducir las propiedades del círculo? Podemos probar de prever la posición de un cuerpo que se mueve a una velocidad determinada. ¿Y si vamos aún más allá? Más allá del mundo físico, o quizás en su interior, se abre otro, un mundo completo y fascinante que debemos investigar: el mundo humano. ¿Por qué no intentamos comprenderlo con el mismo rigor matemático que nos permite entender la gravedad y las fuerzas que se atraen y se rechazan?

A Comte le encanta la idea y amplia el modelo matemático a cualquier objeto que se encuentre en la órbita del cerebro: cuerpos rígidos, cuerpos quietos y cuerpos en movimiento, organismos vivos, seres humanos y humanos organizados. Sin darnos cuenta, de la ley de cancelación para la multiplicación hemos llegado a la ley de la historia de la humanidad. Pero cuidado, quizás nos hayamos excedido.

Los fenómenos que Comte considera progresivamente en su lista de ciencias son muy diferentes entre sí, y en ningún caso lo que funciona en algunos tiene que funcionar en otros. Cada ciencia enciclopédica corresponde a una categoría diferente de objetos, y el problema de la legitimidad en la aplicación de las matemáticas se adecúa a cada tránsito: de los elementos geométricos a los cuerpos físicos, de la materia inorgánica a los organismos vivos, de la fotosíntesis a las relaciones sociales de una comunidad de individuos pensantes. Todo tránsito presenta sus problemas, y donde hay problemas, también hay críticas; las críticas contra aquel que no los resuelve porque se deben resolver; las críticas contra aquel que los resuelve porque no se pueden resolver. Filósofos. Seres polémicos. Pero Comte no se deja intimidar, da por buenos todos los tránsitos ya hechos (desde las matemáticas hasta la biología) y prueba el más difícil, el último, el que va al mundo humano e histórico. Se trata de un salto valiente, lo nunca visto antes (o, al menos, nunca se había intentado con el rigor debido según el gusto de un verdadero pensador sistemático).

Debemos construir una física social, analizar los hechos humanos de la misma forma que se analizan los hechos físicos. Pero, ¿de verdad puede hacerse? Según Comte es obvio que sí, aunque quizás se muestre demasiado descarado al tratar el tema. Los hombres que actúan en una sociedad no son cuerpos rígidos que se mueven en un plano.

Para reconocer que la acción humana es un fenómeno diferente, no hace falta llegar a proponer inferencias peligrosas sobre almas, espíritus e inclinaciones morales. A lo mejor nuestro comportamiento no dispone de tanta libertad como nos gustaría, pero tampoco se muestra tan dócil a la determinación como le gustaría a Comte. Quizás no somos especialmente creativos e innovadores como nos gusta pensar, pero tampoco somos tan homogéneos y previsibles como para que todo se pueda reducir a una única ley que nos diga ahora cómo vamos a ser en el futuro.

Puedo prever la velocidad final de un cuerpo que cae desde una determinada altura y extrapolar el resultado a todos los cuerpos que caerán en las mismas condiciones, pero no puedo prever con tanta certeza qué harán las personas de una determinada sociedad en unas circunstancias precisas, ni tampoco afirmar que en condiciones análogas otra sociedad haría exactamente lo mismo.

Sociedad positiva y libertad de pensamiento

Una edición del Curso de filosofía positiva.

La libertad de pensamiento es un tema que siempre nos gusta. No nos sorprende encontrarla en un título junto a la nueva sociedad positiva. Desde el vértice del poder espiritual, los filósofos pueden al fin educar a cualquier persona en el ejercicio libre y crítico de su propia inteligencia; su intelecto se vuelve fuerte y agudo, curioso y resistente a toda manipulación. Pero no. Ni siquiera un poco. Somos filósofos positivos, somos gente seria.

Una sociedad ordenada y estable, próspera y pacífica solo puede gobernarse mediante un sistema común de ideas. Las ideas deben ser unánimes y las creencias compartidas (por todos). El acuerdo entre las mentes humanas está en la base del consenso social sobre la que se sostiene la unidad de la sociedad. De lo contrario solo reina la dispersión y la confusión.

El pensamiento crítico y la libertad de pensamiento son causa de

desavenencia, y el desacuerdo lleva al desorden, a la revolución y a la guerra. Lo que resulta perfecto cuando el sistema de ideas en vigor no es el adecuado. El modelo teológico-militar lo es sin duda, y fue abatido. En cambio, el nuevo orden que se quiere afirmar es el positivo, y funciona muy bien tal y como es.

La libertad de conciencia no resulta inútil, desempeña una trascendental función negativa de crítica y de destrucción de las viejas ideas, pero una vez encuentra las nuevas, impide que sean sistematizadas y, hasta cierto punto, se apacigua (o se aviva si no quiere calmarse). En resumen, es necesario polemizar con el sistema de poder hasta que otros suban al poder Cuando nosotros lleguemos al poder; ya no hará falta. La razón es que nuestras posiciones son las justas, de lo que casi seguro también estaban convencidos los que subieron al poder antes que nosotros. Pero una cosa es totalmente diferente: los que estaban antes se habían equivocado, mientras que nosotros tenemos razón. Lo dice sin pestañear. Bien razonado, perfectamente demostrable y directo, para todos aquellos que quieran pensar, saber entender y expresar su opinión. Si no nos moderamos, dentro de poco todos querrán hacerlo. Incluso las mujeres. Eso sí que da miedo.

Podemos recurrir al viejo principio de autoridad. No hay nada que hacer: algunos saben más que otros (y Comte sabe más que nadie). Es normal que exista una autoridad y una jerarquía. La pirámide funciona así: el restringido círculo del sabio que está en la cima define las ideas (teóricas, morales y políticas), y quien está en la base las sigue.

Comte no cree necesario justificar y dar explicaciones para legitimar estas ideas, y menos aún a quien debe obedecerlas. Al fin y al cabo, las han elaborado intelectos excepcionales y, además, algo mucho más relevante, las ideas han sido elegidas y validadas por el sumo pontífice Auguste Comte, así que no pueden ser más justas. La base de la pirámide pide explicaciones al vértice. Menuda idea tan fuera de lugar. ¿Por qué el vértice debería explicar a la base por qué debe hacer lo que se le dice? ¿No puede obedecer y basta? Comte muestra asombro ante la idea de llevar los temas del ámbito social y político, «que exigen, más que otros, un conocimiento y una preparación especial» frente al «tribunal competente de la opinión pública»[70].

Ya es hora de que esta libertad de pensamiento sin límite llegue a su fin:

si no existe la libertad de conocimiento en las matemáticas y en la astronomía, tampoco tiene que existir en la sociología ni en la política.

> No existe la libertad de conocimiento ni en la física, ni en la química, ni en la astronomía, ni tampoco en la fisiología, ya que sería absurdo no tener fe en los principios de estas ciencias, que han sido establecidas por personas competentes. En cambio, sí que ocurre en la política. La razón es que, una vez desaparecen las viejas doctrinas y todavía no se han formado las nuevas, aún no existen en verdad ideas bien fundamentadas[71].

El argumento es claro: si no hay libertad de saber en la astronomía, entonces tampoco debe haberla en la política. Si las ciencias (las positivas para Comte) funcionan muy bien sin libertad, e incluso se diría que funcionan mejor, no se entiende por qué no debería ser igual en la política. Que lo que funcione para una ciencia también tiene que ir bien para otra, que posee otros objetivos y trata otros temas, no resulta tan obvio. Que los matemáticos, los astrónomos y los físicos sean grandes ejemplos de la devoción al principio de autoridad, resulta una afirmación un tanto dudosa.

Si Copérnico hubiera aceptado el principio de autoridad y también todos los otros grandes «principios establecidos por personas competentes», todavía estaríamos esperando la revolución copernicana. Y no es que los matemáticos sean más disciplinados. Desde el momento en que se anuncia un postulado, se lanzan todos a ver qué ocurre cuando se niega (Euclides todavía se acuerda de la bromita sobre las paralelas). En resumen, los científicos, sean de la rama que sean, parece que se divierten más cuando se dedican a contradecir teorías que cuando las siguen. Y resulta que es justamente por esto que la ciencia avanza. Pero ya estamos divagando otra vez.

El punto de nuestro discurso es el siguiente: la argumentación de Comte se sostiene en un nexo de implicaciones débiles y parte de premisas dudosas. Y esto no es un buen ejemplo de corrección en unas consecuencias.

El origen de la filosofía: maravilla y desencantamiento

Es un clásico, Platón lo pone en boca de Sócrates en el Teeteto y Aristóteles lo afirma en la Metafísica: en el origen de la filosofía está la maravilla, el mundo me asombra y quiero comprenderlo. Los filósofos se preguntan sobre el inicio de las cosas y, si existe algo tan preponderante que no podemos negarnos a entender cómo empieza, esto es, sin duda, la filosofía. El estupor es la respuesta que siempre gusta; la han dado los primeros de los grandes, y recuerda a un orden de las ideas casi poético que, al fin, nos parece incluso lógico. Adjudicado. Pero a lo mejor podemos añadir otro elemento: el conocimiento se desarrolla entre la maravilla que nos infunde un problema y el desencantamiento al que nos lleva su solución[72].

El positivismo también retoma esta línea y ofrece su formulación personal de los términos en juego.

La maravilla nace cuando la experiencia contradice un saber consolidado y debilita nuestras previsiones de los eventos futuros y nuestras interpretaciones de los acontecimientos pasados. Son los imprevistos y los increíbles.

Pongamos dos ejemplos. Estamos acostumbrados a mezclar la grava con la arena, variando la cantidad de ambos componentes, sin que una parte de arena o de grava quede fuera de la mezcla, aislada. Lo que obtenemos es sencillamente hormigón de calidad diferente. Pero ocurre un imprevisto: nos damos cuenta de que 1 gramo de sodio se combina inevitablemente con 1,5 gramos de cloro, por lo que un posible exceso de uno de los dos componentes permanece fuera de la mezcla. La previsión ha fallado. Pero esto no es todo. Observamos que la regla no solo vale para el cloruro de sodio, sino también para todos los demás compuestos químicos. Impresionante.

La maravilla frente a la contradicción de la experiencia ha hecho que la investigación avance hasta el punto de alcanzar la desencantada paz del nuevo saber que la explica: la ley de Proust o de las proporciones definidas. El mismo argumento sirve para el pasado.

Encontramos a un hombre muerto en su coche tras un accidente de tráfico. Explicación: el accidente ha causado la muerte al hombre. El forense realiza la autopsia para encontrar signos de la hemorragia

traumática provocada por el impacto y, en cambio, encuentra una hemorragia cerebral espontánea. Hipótesis confutada. La sorpresa del dato que contradice su explicación hace que el médico reformule la acción del acontecimiento: la hemorragia cerebral ha causado la muerte al hombre, y esta, el accidente.

Con el nuevo conocimiento, la maravilla se atenúa y empieza el desencantamiento[73].

La religión positiva: el culto de la humanidad

El objeto de la creencia y la norma de conducta

En la fachada del Templo de la Humanidad de Rio de Janeiro, pueden leerse los lemas de la religión fundada por Comte.

La sociedad positiva se acerca. Y ya hemos definido sus características: tiempos y modos de acción previstos, quién manda y quién obedece, qué se piensa y cuándo debemos evitarlo. Solo nos falta definir un último elemento: la religión. Compartir un mismo sistema de creencias resulta un motivo fuerte de cohesión social (y ya sabemos hasta qué punto Comte es sensible a esto). Además, también el científico, a pesar de que el positivista sea el más desencantado de todos, siente la necesidad existencial y profunda

de amar todo aquello que le trasciende. En resumen, se necesita una religión[74]. No hace falta decir que todas las que existen, no sirven.

De esta forma Comte se construye una religión propia él solo. ¿Quién mejor que un pensador sistemático y (autoproclamado) sumo pontífice de la humanidad puede organizar un culto? Noblesse oblige. Los filósofos positivistas ya se han organizado, jerárquicamente, se entiende, para formar el clero, y para el puesto en la cúspide tenemos al candidato ideal: Auguste Comte. Lo más importante ya está hecho. Ahora solo debemos creémoslo. Pero, ¿en qué debemos creer? En los dioses seguro que no. La historia no retrocede, el estado teológico está superado y el espíritu positivo necesita un objeto de creencia más racional. Admitimos que la razón puede ser un criterio para juzgan o también para elegir, las creencias.

En efecto, Comte así lo piensa y solo por eso ya le parece suficiente para aceptarlo como principio universalmente válido. Entonces, ¿cuál es el tema central de la creencia positiva? La humanidad, que con honores recibe el título de Gran Ser «El Gran Ser es el conjunto de seres, pasados, futuros y presentes, que convergen para perfeccionar el orden universal. […] Cada uno de ellos personifica al Gran Ser»[75].

Todos los hombres, con sus injusticias y sus indecencias, no pueden representar al Gran Ser. El Gran Ser representa lo mejor que han hecho nunca los hombres. El tema principal de nuestro amor y el ideal de nuestros actos no deben ser la humanidad entera, sino la excelencia humana. Y es este, precisamente, lo mejor que trasciende a los hombres, el principio de unidad sobre el cual Comte quiere fundar su religión[76]. Se trata de una idea noble. Como los hombres no pueden ni siquiera dedicar su amor a un tema trascendente, quizás amar a la humanidad común y básica (real o ideal), querer a la excelencia intelectual y moral, de la que los graneles hombres son su máxima expresión y su símbolo, resulta mucho mejor y hace menos daño que venerar un orden económico y social, u otro dios celoso.

Ya sabemos qué debemos amar, pero ¿de verdad no podemos hacer nada? En toda religión que se respete, existe una norma de conducta que hay que seguir. Y por «una», entendemos «una larga lista». Las religiones no gozan del don de la síntesis. Sobre todo en lo que a indicaciones obligatorias

se refiere. En el caso que nos ocupa, no existe un dios que las revele, pero como compensación tenemos a un sumo pontífice siempre dispuesto a aconsejarnos, sobre todo en una forma elegante de dar órdenes. Pongamos orden.

Regla número uno: «vive para los demás». Esta nos suena. La hemos oído más de una vez y en más de un lugar Había un señor que la predicaba cerca de Galilea, pero también en la esplendorosa Königsberg[77] del siglo XVIII encontramos al menos a un seguidor. Es la moral del altruismo, un concepto que, desde Jesús hasta Kant, con las debidas variaciones del tema, ha arrasado (lo que no significa que también se haya practicado). Comte presenta una nueva versión un tanto radical. Vivir para los demás significa dedicar cada esfuerzo que realizamos, cada acción o sentimiento para el objeto de nuestro amor, basta lograr su eliminación y la de todos los deseos egoístas que la consciencia tiene la maldita costumbre de introducirnos. Mi amor y mi trabajo solo deben dedicarse a los demás. Pero atención: no «también» a los demás (además de mí), sino «solo» a los demás (sin nada para mí). Por lo tanto, solo actúo pensando en el bien de los hombres en el futuro. ¿Algún ejemplo de semejante espíritu bondadoso? El científico. Él estudia e investiga (lo que ya tiene mérito) en favor de un mejor futuro de la humanidad y no para su interés o para alimentar su ego. El de Galilea decía: «Ama al prójimo como a ti mismo».

Comte considera que en esta ecuación sobra algo: «como a ti mismo». Con «ama al prójimo» es suficiente. El justo actúa para el bien de los demás (no para el suyo y el de los demás), y no busca recompensa o fama, sencillamente ama a la humanidad sin condiciones y de forma absoluta. Pero es un amor sin intercambio. O, al menos, el intercambio no es inmediato. El digno volverá a ser amado por la humanidad, pero no en el acto. Y entonces, ¿cuándo? Por lo general, cuando no pueda disfrutar más, cuando ya no pueda disfrutar de nada en general, lisa y llanamente: después de la muerte.

Los hombres dignos que dejan para la posteridad una obra o un ejemplo digno alcanzan la inmortalidad (tras su muerte, claro) en la memoria de sus descendientes, en el amor y en el agradecimiento que les acompaña. Es una forma elevada de reconocimiento, si bien quien lo recibe no puede disfrutarlo. Vida ingrata para el justo. Lo bueno empieza cuando se va.

Sobre este punto debemos precisar que Comte no niega la posibilidad de que el virtuoso sea feliz.

La felicidad no puede ser la finalidad de su acción, que de lo contrario sería interesada y egoísta (muy poco elegante por su parte), sin embargo, actuando conforme a la moral se puede ser feliz. El hecho de que exista un nexo causa-efecto entre virtud y felicidad no excluye la posible coexistencia de los términos. Si bien es cierto que no resulta suficiente para que sea probable. Pero al fin y al cabo poco importa, el justo es superior al deseo de la felicidad. Y esto es duro. Duro de verdad. Renunciar al placer es una suposición (una suposición es justamente lo opuesto a lo seguro), pero que exige que no sintamos necesidad.

El virtuoso debe mantenerse firme y moralmente puro no solo en la acción, sino también en la intención que lo motiva.

La moral positiva exige una autodisciplina inflexible que controle tanto la acción como el sentir. Difícil con el primero, casi imposible con el segundo. Pero quizás no resulte necesario ser virtuoso para ser justo. A lo mejor podemos encontrar una línea de conducta equilibrada que pueda ser moralmente recta, aunque no sea perfecta. No todos los justos son virtuosos. Los virtuosos son aquellos justos que van más allá de sus obligaciones y que realizan incluso el bien que no deberían hacer. Y su mérito consiste justamente en esto: en la acción espontánea para un bien hacia el prójimo que no era necesario ni obligatorio[78].

Debería existir una regla básica que definiera el deber y que todos deberíamos respetar, y otra norma más elevada que llevaría a la santidad. Pero no. Sobre este punto, Comte es calvinista: todo aquello que no es deber, es pecado, y todos aquellos que no son santos, son condenados. No obstante, para Comte el calvinismo es peor que un dolor de muelas. Sin embargo, la inflexibilidad de la norma de conducta que impone y el juicio implacable que controla la ejecución (exterior e interior) parecen más cercanos a la intransigencia calvinista que a la doble moral católica[79]. En la religión positivista no existen dos morales, hay una única línea y es la misma para todos. Y no hace falta que añadamos que esta es obligatoria. Típico del deber: debe ser.

Lo que debe ser no se puede negociar y no debe entenderse: debe hacerse y basta. ¿Y ya está? ¿No falta algo? ¿Y qué ocurre con la vida eterna para quien lo hace? Comte no lo necesita: el bien se hace porque es bueno hacerlo, no para lograr una recompensa.

La memoria eterna que se gana con el mérito es un premio más que suficiente. Cierto. En el mejor de los mundos. En el nuestro, en cambio, preferimos un premio de verdad. No nos gusta trabajar tanto para nada. Y tampoco sufrir inútilmente. Sin duda podemos seguir diciéndolo. Decirlo nos encanta. Hagámoslo así: hacemos el bien porque somos buenos y no queremos nada a cambio. En consecuencia (que no hemos ni pedido ni buscado y que está lejos de motivar nuestras acciones), recibimos un pequeño reconocimiento… ¿la vida eterna? Nos parece justo: el bien para los buenos.

Comte nos presenta una religión llena de sufrimiento y sin diversión que, después de una vida de sacrificios, no incluye ni una vida eterna en la propuesta. El marketing de la religión podría mejorarse.

De la cuna a la tumba: los nueve mandamientos positivos

Como toda religión que se precie, la religión de la humanidad también dispone de sus ritos y fórmulas. Comte da mucha importancia a la organización del culto y le aporta un abanico detallado (no podía ser de otra forma) de prácticas, plegarias y acciones que el buen positivista debe cumplir.

Entre estos ritos fundamentales encontramos los nueve mandamientos, que dividen las fases más relevantes en la vida de una persona para afirmar su integración en el cuerpo social. En otras palabras, para garantizar que un poder espiritual omnipresente mantenga el control de todo pensamiento o acción sustancial en la existencia de un individuo. Lo particular no existe en la religión de la humanidad, es la expresión de un individualismo que debe extirparse; el hombre no debe existir como un individuo independiente, sino «someterse espontáneamente» (¿es posible someterse a algo de forma espontánea?) al bien de la realidad humana colectiva.

Pero veamos qué proponen los nueve mandamientos positivos:

1. Preparación: a través de los padres y de los padrinos, el hombre, desde el momento en que nace, se compromete para siempre a estar al servicio de la humanidad.
2. Iniciación: de los 14 a los 21 años el sacerdote positivo lo educa sobre los principios teóricos que le permitan servir mejor a la humanidad. ¿Cómo podemos expresar esta idea en una palabra? Adoctrinamiento.
3. Admisión: una vez se comprueba que se han asimilado los principios positivos, se permite servir al Gran Ser, con la obediencia a todo lo que disponga el sumo pontífice.
4. Destinación: corresponde a la ordenación religiosa de los capellanes.
5. Matrimonio: rigurosamente entre un hombre y una mujer y con unos límites de edad bien definidos: entre los 28 y los 35 años para el hombre, entre los 21 y los 28 para la mujer. Para casarse más allá de los límites de edad establecidos se necesita una autorización especial; hacerlo antes de los límites está totalmente prohibido.

6. Madurez: con 40 años el hombre muestra en público su habilidad por la profesión que ha elegido.
7. Descanso: fin de la actividad laboral (60 años).
8. Transformación: la extremaunción positivista. El sacerdote acompaña al moribundo con el buen recuerdo que sus seres queridos le profesan… a lo mejor.
9. Incorporación: siete años después de la defunción se pronuncia un juicio que confirma la unión del hombre (si se lo merece) con la humanidad.

Jerarquías

Imaginemos que no existía jerarquía alguna. El título ya nos avanza que habrá más de una. Y de hecho serán dos. Una ya la conocemos: se trata de la jerarquía temporal que rige la sociedad positiva. Sin embargo, la existencia de los hombres no está del todo definida, solo el lugar que ocupan en el orden del poder y de la riqueza. Fuera de la jerarquía temporal, y sobre todo por encima de esta, existe una jerarquía espiritual: la de los méritos morales. Claro: las dos jerarquías son completamente independientes.

Que una persona sea moralmente recta o del todo abyecta resulta indiferente con respecto al orden del poder económico y político. La jerarquía de los méritos no es la meritocracia. La idea de asignar a cada uno un lugar en la sociedad que corresponda a sus capacidades y a sus méritos es ajena a Comte. Pero si la jerarquía de los méritos es tan relevante, ¿no debería influir en cierta medida en el orden social? No, al contrario. El bien moral y el merecedor que lo busca están tan por encima del mundo material que no le dan importancia (y el mundo material corresponde de corazón).

La superioridad moral no tiene efectos prácticos. Si se interesase por lograr alguna ventaja, no sería tal y como es. ¿Qué le importa al justo si se ve ultrajado o vejado? ¿Le importa algo si es condenado a vivir en la pobreza y sin esperanza? En resumen: bienaventurados los últimos. Es lo típico que dicen los primeros para estar seguros de que mantienen a los últimos en su puesto, seguramente sin que se quejen demasiado. Nunca un último se ha sentido orgulloso de serlo, siempre son los otros que lo felicitan por que lo es. La posición del último es una posición más bien envidiable que envidiada. Resulta razonable sostener la complejidad de la naturaleza humana (o de los hombres en particular) y afirmar que en esta existen componentes diversos a lo material. Además, es posible hacerlo también sin incomodar a extrañas entidades sustanciales como el Alma, el Espíritu o la Moral.

Pero Comte exagera. Comte impone la primacía del plano ideal sobre el material. Para hacer que se conozca el valor de un componente del hombre, niega otro componente. Eso ya es demasiado. No solo de pan vive el

hombre. Cierto. Pero sin pan tampoco vivirá. De la boca de Dios pueden salir las palabras más inteligentes, pero hasta que no salgan algunos carbohidratos el hambre del hombre no desaparecerá. Y no desaparecerá porque el hambre del hombre no se satisface solamente con palabras. Tampoco con las de Dios. O las de Comte. Lo que queremos decir con todo esto es que quizás podemos abandonar los extremos, que son difíciles de sostener, de la disputa sempiterna entre materialistas e idealistas. En el fondo podemos admitir con tranquilidad que el hombre tiene necesidades materiales y aspiraciones espirituales (morales, intelectuales, artísticas, etcétera). También podemos reconocerle otra cosa a Comte.

A lo mejor no resulta tan equivocado que las experiencias que implican componentes no materiales del hombre sean justamente las que den más sentido a la vida, le aporten mayor dignidad y, en algunos casos afortunados, mayor felicidad. No obstante, una tesis de este tipo (el lector puede compartirla o no) tiene una premisa básica que deber explicitarse.

Las experiencias que muestran las aspiraciones espirituales del hombre logran tener valor solo cuando las necesidades materiales han sido satisfechas de antemano. No puedo escuchar a Mozart si tengo hambre y frío, porque lo único que oigo cuando tengo hambre y frío es esto: hambre y frío.

Realizar mis máximas aspiraciones me ayuda a vivir mejor hace que avance algunos peldaños en la escalera que va del sobrevivir al vivir dignamente, con sentido y felicidad. Pero la condición necesaria para esta dinámica progresiva es la satisfacción de las necesidades materiales. Vivir bien es mejor que vivir y basta, pero para vivir bien debo primero asegurarme de tener de qué vivir.

Un calendario sin Dios

Cuando elaboramos un calendario no basta con dividir el tiempo de forma ordenada, necesitamos contar una historia, no importa si siempre es la misma, nos gusta que el tiempo disponga de una estructura narrativa e, incluso, que tenga un significado un poco más humano. A pesar de que echemos a Dios, a los santos y a cualquier otro elemento religioso, no podemos renunciar a individualizar cada uno de los momentos y a darles un sentido diferente que los distinga de los otros.

Nos gusta que el tiempo del calendario sea claro, bien escrito y con sentido, porque claro, bien escrito y con sentido también lo son (o al menos lo creemos así) las actividades humanas que un calendario debe mostrar y ordenar.

La historia sagrada es perfecta para organizar el tiempo: hay días señalados que celebramos solo una vez a la semana y luego están aquellos muy señalados que debemos esperar un año a que lleguen; además, cada día podemos recordar a un santo, y a cada estación del año le corresponde un acontecimiento. Si decidimos que la historia sagrada ya no nos gusta, debemos inventar otra porque sin historia no se puede elaborar un calendario como es debido.

Comte no es el primero que se lo plantea: hace cinco capítulos hemos visto a los revolucionarios franceses con el mismo problema y hemos hablado de un tiempo laico que explicaba la llegada de las estaciones y de las actividades agrícolas, que enaltecía a las glorias de la razón y a los mártires de la revolución. Veamos cómo sale adelante Comte.

Empecemos: ¿desde cuándo se cuentan los años? Desde la Revolución francesa. 1789 es el primer año de la era del cambio que, como cualquier etapa de transición, precede a otra, a la definitiva. ¿Y cuál es la etapa definitiva? ¡El glorioso «régimen positivo»! En 1849 Comte publica su calendario y ya sabe que la época dorada llegará e incluso se atreve a decirnos cuándo: en 1855.

Hemos podido comprobar que las capacidades adivinas no forman parte de las virtudes de nuestro filósofo, aunque él piense lo contrario. Sigamos con nuestro calendario.

Comte es matemático y por lo tanto divide con rigor el año en trece meses con veintiocho días cada uno (cuatro semanas con el inicio de la semana siempre en lunes). Pero de esta forma tenemos 364 días. No hay problema: el 31 de diciembre del antiguo calendario, que queda fuera del

esquema trazado, lo dedicamos a los muertos (los que se lo merecen), y en los años bisiestos tenemos un día de más para celebrar las santas.

Cada mes tiene su patrono, que representa una fase determinada de la historia de la humanidad: por ejemplo, Homero la poesía antigua y Arquímedes la ciencia antigua, César la vida militar y Carlomagno la vida feudal, Shakespeare el drama moderno y Federico II de Prusia la política moderna.

Cada día va dedicado a un «servidor de la humanidad», a un científico, filósofo o político que haya contribuido al progreso del espíritu humano, todos bien ordenados en el mes dedicado a la categoría que les corresponda: por ejemplo, a Hesíodo, Sófocles y Fedro les corresponde el mes de Homero, dedicado a la poesía antigua, mientras que a Demócrito, Pitágoras y Zenón les corresponde el mes de la filosofía antigua, bajo el patronato de Aristóteles[80].

Conclusión

Filósofo de la nueva ciencia, sociólogo de la nueva sociedad y sumo pontífice de la nueva religión: así es como se veía Comte, con la modestia que lo caracterizaba.

Todos estos títulos nos permiten observar la medida del proyecto positivista (y también del ego de Comte). El proyecto va más allá de una simple propuesta cultural, presenta una reforma científica y social que incumbe a toda la humanidad, desde las relaciones de producción económica hasta los fundamentos de las relaciones sociales, y desde los gobiernos políticos hasta las reformas de la vida moral y religiosa. Se trata ciertamente del inicio de una nueva era. El momento es crítico y para enfrentarse a él, la humanidad necesita un guía, una voz que le revele la ley del devenir histórico, que le haga tomar conciencia de las transformaciones que deben producirse y que le instruya sobre las formas (económicas, políticas, morales y culturales) que resulten más adecuadas para la inminente «Edad de la Ciencia». Y, claro está, necesitamos un sumo pontífice.

Comte no lo duda, él es el mejor candidato. Ahora hay que ver si el público está de acuerdo. Él lo pregunta sin cesar; ¿pero la humanidad responde? Pues sí lo hace, y la respuesta es «no».

Comte considera que la elaboración de la nueva religión de la humanidad es la parte más revolucionaria de su obra y ya se imagina en el púlpito de Notre-Dame difundiendo la filosofía y la religión positivista en calidad de sacerdote máximo de la humanidad. Se trata de un momento que no solo «ya se imagina», sino que prevé con seguridad que ocurrirá: «Estoy convencido de que antes de 1860 predicaré el positivismo en Notre-Dame como la única religión real y completa»[81].

Error de cálculo. París es un público difícil, son muy pocos los que están dispuestos a seguir a Comte y su nuevo culto, y enseguida la teología positivista se considera una fantasía inútil e impracticable[82].

Si bien la nueva religión no recibe una buena acogida, en cambio, la nueva ciencia es todo un éxito. Los científicos y los filósofos reconocen la gran capacidad de crítica del método positivo, que sitúa en el centro de la investigación el hecho y sus leyes. El filósofo positivista deja de ser el único que trata con el Absoluto y se convierte en el lector de los hechos; para cualquier explicación científica, el positivista no confía en los datos que están fuera de los principios, no se fía de la metafísica sin la realidad, solo confía en los hechos y en sus posibles relaciones. Anécdota: serán estas mismas directivas metodológicas las que promoverán el desarrollo de algunas investigaciones que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pondrán en duda las premisas del modelo epistemológico positivista.

Los resultados revolucionarios en matemáticas y en física conllevan una redefinición radical de las premisas fundamentales del proyecto positivista como unidad del saber. Los «hechos» y los «datos» que los positivistas habían considerado el elemento «objetivo» y seguro sobre el que fundar la investigación, no garantizan ninguna certeza científica. Estos nunca son neutros, sino relativos, convencionales, definibles solo a partir de sus efectos o en función de los sistemas de referencia que el científico asume de antemano[83].

Antes hemos hablado de la geometría no euclídea. La pluralidad de modelos geométricos pone en crisis el principio de la «objetividad» de la ciencia y la hipótesis filosófica por la cual la verdad consiste en la relación entre pensamiento y realidad. Si resulta posible concebir el espacio de formas diferentes (todas coherentes y lógicamente posibles) y organizar el mundo de los hechos empíricos en sistemas de orientación espacial diferentes, entonces, ¿qué sentido tiene la pregunta de la geometría de Euclides sobre la objetividad? ¿Qué sentido tiene hablar de la identidad entre el espacio de Euclides y el espacio natural? El espacio definido de la geometría de Euclides no es el espacio natural, sino sencillamente una forma de espacio más cómoda (entre otras posibles) para ordenar los hechos de nuestro mundo:

> Si el espacio geométrico fuese un marco organizado con cada una de nuestras representaciones, como individuales, sería imposible representar una imagen sin este marco, y no podríamos cambiar nada de nuestra geometría. Pero no es así: la geometría solo es el resumen de unas leyes según las cuales estas imágenes se suceden. Nada impide imaginar una serie de representaciones similares en cada punto a nuestras representaciones ordinarias, pero que se suceden de acuerdo con leyes diferentes a aquellas a las que estamos acostumbrados. Entonces podemos deducir que si unos seres reciben una educación en un entorno en que tales leyes están desordenadas, se podría dar una geometría muy diferente de la nuestra. Supongamos que existe un mundo encerrado en una gran esfera y sometido a las siguientes leyes…[84]

Nos hemos permitido esta cita por dos motivos: primero, porque es un bonito pensamiento y, en segundo lugar, porque se trata de una reflexión inteligible y que esclarece el tema: los axiomas y los postulados geométricos no pueden confirmarse ni de forma empírica ni a priori. Se trata de convenciones que surgen de la «actividad libre de nuestro intelecto», que elige sencillamente el sistema más cómodo para dirigirse al mundo. Pero a lo mejor hay otro punto que debemos explicar.

Ya hemos echado una ojeada a algún cambio que se ha producido en las matemáticas y nos parece que nada va bien. Hemos perdido los «hechos», las «leyes» y la «objetividad», y ni siquiera el espacio está quieto y bien delimitado. Si tenemos en cuenta que en los estudios de física las investigaciones nunca son demasiado tranquilas[85], nos asalta una duda: ¿no será que la ciencia está en crisis? Sí, así es. Pero no le quita el sueño. Es más, incluso le gusta: si crisis significa apertura hacia nuevos puntos de vista y una revisión cuidadosa de los procedimientos científicos, entonces hablamos de crisis. Si bien es verdad que hemos tenido que renunciar a algo, a partir de la supuesta declaración para una verdad y una realidad objetivas de los conceptos geométricos, sin embargo, esto no significa negar su validez, sino sencillamente redefinirla en función de determinados sistemas de referencia y a partir de su capacidad de decir algo sobre el mundo exterior (permitiendo operaciones de medidas, por ejemplo), pero sin pretender describir los caracteres objetivos. Se trata de una postura más modesta, pero que permite aceptar mejor el cambio de las teorías.

En todo esto reconocemos el mérito de Comte por haber contribuido a

establecer las condiciones para una sorprendente evolución del pensamiento científico. Toda esta evolución se ha desarrollado mediante una confutación sistemática, o al menos con una revisión radical, de las categorías positivistas fundamentales, pero esto no quita mérito a todo lo hecho. Al contrario, le aporta todavía más. Es la crisis que aporta motor y motivos para el desarrollo de la investigación.

El despertar de la cultura científica que propugna el positivismo abre la crisis del sistema de las ciencias europeas del periodo entre el fin del siglo XIX y el inicio del siglo XX. Por suerte.

APÉNDICES

Obras principales

Como homenaje al espíritu sistemático de nuestro autor, hemos clasificado su obra filosófica en tres partes, que corresponden a sus tres obras principales: los jóvenes *Opuscles de philosophie sacíale*, las lecciones del *Curso de filosofía positiva* y, para terminar, el *Système de politique positive*.

Opuscles de philosophie sociale (1820-1826): son la interpretación que Comte ofrece de su época. El movimiento histórico que vive la sociedad europea al inicio del siglo XIX es de cambio: los científicos ocupan el espacio de los clérigos; los industriales, el de los guerreros; la guerra que divide a los hombres se sustituye por la lucha común que une por el dominio sobre la naturaleza. Ya sabemos que no se trata de un periodo pasajero y sin consecuencias dolorosas: Europa está herida por las contradicciones entre el viejo sistema teológico y militar, que está en su ocaso, y el nuevo orden científico e industrial, que está naciendo. Comte, en los años veinte, ya tiene las ideas claras: la solución pasa por una reforma intelectual que, gracias a la reunificación del saber; pueda refundar la unidad de la sociedad.

Curso de filosofía positiva (1830-1842): es su obra maestra. Se trata de 60 lecciones en las que Comte define el esqueleto de su sistema: la ley de los tres estados y la clasificación de las ciencias (la ley de los tres estados es el tema principal de la primera lección del *Curso de filosofía positiva*, la clasificación de las ciencias lo es de la segunda). En las restantes, Comte estructura y detalla el sistema en que se apoyan estos dos conceptos generales. El espíritu humano evoluciona históricamente a través de tres fases que se suceden; teológica, metafísica y positiva. Primero trata los fenómenos de los seres divinos, luego utiliza entidades abstractas y, para terminar, se limita a comprobar las relaciones constantes. La ley de los tres estados aporta el criterio para organizar la clasificación de las ciencias, que muestra el orden (histórico, pero también lógico) en que las diferentes disciplinas han alcanzado el estadio positivo. El primer ámbito en el que la inteligencia humana adquiere el rigor metodológico propio del espíritu científico-

positivo es en las matemáticas, seguidas de la astronomía, la física, la química y la biología.

Système de politique positive (1851-1854): es la aplicación del método positivo en el campo de la política. Su objetivo es construir un estudio científico de la sociedad (la sociología), que terminará con la clasificación de las ciencias positivas. Esta se divide en *estática social* y *dinámica social*. La primera incluye la teoría de la naturaleza humana, única y común a todos los individuos, y la definición de las estructuras que encontramos en cualquier sociedad (religión, propiedad, lengua, familia y trabajo). En cambio, la *dinámica* explica cómo estas estructuras evolucionan a través de los tres estados de la historia de la humanidad.

Otros escritos: entre las obras de Comte también destacamos el *Discurso sobre el espíritu positivo* (1844), que resume los temas fundamentales del curso; el *Catecismo positivista* (1852), dirigido a la masa trabajadora para construir un nuevo orden positivo; y el *Appel aux conservateurs* (1855), con el que Comte invita a los hombres de un Estado occidental, y en especial a Napoleón III, a aplicar las teorías de la política positiva.

Principales traducciones en español

COMTE, A., *Discurso sobre el espíritu positivo*, Alianza Editorial, 1985.

COMTE, A., *Curso de filosofía positiva*. Ediciones Orbis, 1984.

COMTE, A., *Catecismo positivista o exposición resumida de la religión universal*, Editorial Nacional, 1982.

COMTE, A., *Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad*, Tecnos, 2000.

Selección de obras sobre Comte en español

ARON, R., *Las etapas del pensamiento sociológico*, Tecnos, 2004.

DE SAINT-SIMON, H., *Catecismo político de los industriales*, Aguilar,

1960.

DURKHEIM, E., *La división del trabajo social*, Ediciones LEA, 2014.

HUSSERL, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*, Prometeo libros, 2008.

MILL, J. S., *Augusto Comte y el positivismo*, Aguilar, 1972.

NEGRO PAVÓN, D., *Comte: positivismo y revolución*, Cincel, 1985.

POINCARÉ, J. H., *La ciencia y la hipótesis*, Espasa, 2002.

REALE, G., *Historia de la filosofía. Del romanticismo al empiriocriticismo*, Universidad Pedagógica Nacional, 2010.

WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones filosóficas*, Ed. Crítica, 2008.

CRONOLOGÍA

Vida y obras de Comte	Contexto histórico y cultural
	1789 Estalla la Revolución francesa
	1792 Se proclama la República francesa
	1793 Luis XVI es ejecutado.
	1796 Napoleón empieza su campaña en Italia, Aparece *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de Goethe.
1798 Isidore Auguste Marie François Xavier Comte nace en Montpellier.	**1798** En el segundo número de la revista *Athenaum* aparecen los «Fragmentos» de Friedrich Schlegel, manifiesto del Romanticismo alemán.
	1799 Se produce el golpe de Estado del 18 de brumario (9 de noviembre). Napoleón es primer cónsul.
	1800 Victoria de Napoleón en Marengo Se publica la segunda edición de las *Lyrical Ballads* de Wordswoorth y Coleridge, cuyo prefacio se considera el manifiesto del Romanticismo inglés.
	1801 Hegel publica la *Diferencia entre los sistemas de filosofía de Fichte y Schelling*.
	1804 Coronación imperial de Napoleón. Muere Immanuel Kant. En

Inglaterra se construye la primera locomotora.

1806-1814 Asiste al liceo «imperial» de Montpellier.

1806 Fin del Sacro Imperio Romano Germánico. En octubre Napoleón vence en Jena y entra en Berlín.

1807 Publicación de la Fenomenología del espíritu de Hegel.

1809 Metternich, ministro de Interior del Imperio Habsburgo.

1810 Madame de Stäel publica De L'Allemagne, manifiesto del Romanticismo francés. Karl August Fürst von Hardenberg, primer ministro del Reino de Prusia.

1812 Derrota de Napoleón en Rusia.

1813 Derrota de Napoleón en Leipzig.

1814-1816 Empieza a estudiar en la École Polytechnique.

1814 Abdicación de Napoleón y Congreso de Viena.

1815 Derrota definitiva de Napoleón en Waterloo. Luis XVIII de Borbón sube al trono de Francia.

1817 Se traslada a París y conoce a Saint-Simon, de quien se convierte en secretario.

1817-1824 Empieza a colaborar con Saint-Simon hasta que riñen.

1823 Manzoni escribe la carta al marqués Cesare d'Azeglio Sul romanticismo; es el manifiesto del Romanticismo italiano.

1825 Se casa con Caroline Massin.

1827 Inaugura el Curso de filosofía positiva, pero lo debe interrumpir a causa de un agotamiento nervioso.

1829 Retoma el Curso de filosofía positiva.

1830 Publica el primer volumen del Curso de filosofía positiva·

1830 Revolución de julio: Carlos X de Borbón debe huir de Francia, la corona pasa a Luis Felipe de Orleans. Eugéne Delacroix pinta La libertad guiando al pueblo para recordar la lucha de los parisinos contra la política reaccionaria de Carlos X.

1831 Víctor Hugo publica Notre-Dame de Paris·

1832 Ocupa el cargo de profesor lector de análisis y de mecánica en la École Polytechnique.

1835 Publica el segundo volumen del Curso de filosofía positiva·

1837 Es nombrado examinador de admisiones en la École Polytechnique.

1838-1842 Publica los últimos cuatro volúmenes del Curso de filosofía positiva (uno cada año).

1844 Publica el Discurso sobre el espíritu positivo·

1845 El año sin igual: conoce a Clotilde de Vaux y se enamora perdidamente de ella.

1846 Muere Clotilde. Comte inicia su culto a la amada muerta.

1848 La «primavera de los pueblos»: fin de la monarquía burguesa de Luis Felipe, inicio de la Segunda República.

1849 Publica el Calendario positivista·

1851 Publica los cuatro volúmenes del Système de politique positive·

1851 Golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte: final de la Segunda República.

1852 Publica el Catecismo

1852 Se elabora la nueva

positivista·

1855 Publica el Appel aux conservateurs·

1856 Aparece el primer volumen (y único) de la Síntesis subjetiva·

1857 Muere en París.

Constitución: inicio del Segundo Imperio.

1862 Victor Hugo publica Los miserables·

1870 En Sedan, Francia es derrotada por Prusia, fin del Segundo Imperio, inicio de la Tercera República.

Notas

[1] Se trata del calendario de la Revolución francesa, cuya reforma también afectó a la organización del tiempo. El calendario gregoriano, con los santos cristianos, las referencias religiosas y la idea extraña de contar los años a partir del nacimiento de Dios, no se adapta a los tiempos revolucionarlos. El calendario revolucionario era laico y se basaba en el sistema decimal y en la ciencia moderna. Empieza con la proclamación de la República (22 de septiembre de 1792) y refleja las estaciones y las actividades agrícolas, además de celebrar los días y los mártires destacados de la Revolución. Como curiosidad, en windhorst.org/calendar/ puede consultarse cualquier fecha en el Calendario republicano. < <

[2] La Cuarta Coalición antifrancesa (Inglaterra, Rusia, Prusia, Austria y Suecia) derrota a Napoleón primero en Leipzig (1813) y más tarde en Arcis-sur-Aube en 1814. Como consecuencia de ello, es enviado al exilio a la isla de Elba, aunque más tarde vuelve a París y organiza un nuevo ejército. El ejército napoleónico vuelve a ser derrotado por la Coalición antifrancesa (y por el mal tiempo) en Waterloo (1815). Napoleón es enviado de nuevo al exilio. Las potencias europeas han aprendido que una isla frente a Cannes y a pocos días de París no es una buena opción. En cambio, una isla pequeña en medio del Atlántico parece un destino apropiado: Napoleón termina sus días exiliado en Santa Elena, donde muere el 5 de mayo de 1821. < <

[3] Rusia, Austria, Prusia, Inglaterra participan en el Congreso de Viena, pero también Francia, que gracias a una gran jugada diplomática también se declara víctima del período napoleónico. <<

[4] Saint-Simon, H. de, *L'organisateur*. < <

[5] Se trata de la Revolución de julio de 1830. Carlos X de Borbón es un nostálgico. Se exprime el cerebro pensando en los viejos tiempos del Antiguo Régimen, cuando la monarquía era absoluta, el soberano reinaba por derecho divino y todos los que no eran soberanos (o al menos miembros de la alta aristocracia) obedecían (sin rechistar, mejor). Volver atrás resulta imposible, pero quizás algún pequeño truco todavía sea viable. ¿Cómo? Con un buen paquete de medidas: algunos privilegios de más para los nobles y el clero, algún voto de menos para la burguesía, una pizca de censura en la prensa, el rechazo de la carta constitucional y la disolución del parlamento. Un buen plan. Ante tanta actividad, el pueblo de París no se queda de brazos cruzados y construye barricadas. Después de tres días de conflicto, Carlos X huye a Inglaterra y la corona va a parar a Luis Felipe de Orleans. < <

[6] En su estudio, Comte afirma que el elemento decisivo que define la industria moderna es la organización científica del trabajo, que determina el aumento constante de la riqueza. Lo que Comte no tiene en cuenta o al menos no cree que sea importante, es el enfrentamiento latente y declarado entre trabajadores y empresarios. Es más, no se da cuenta de la agitación que provocan las reivindicaciones de ambas partes. < <

[7] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. <<

[8] *Lettres à M. de Tholouze*, en *Correspondance inédite d'Auguste Comte*, t. III, p. 101, 1903. Gouhier Henri. Programme pour une étude historique du positivisme. En *Revue néo-scolastique de philosophie*. Año 33, segunda serie, n.º 31, 1931. p. 298. < <

[9] Marx, K., *Tesis sobre Feuerbach*. <<

[10] Marx escribe a Engels en 1866: «en este momento, en mis ratos libres, estudio a Comte, porque los ingleses y los franceses hacen mucho ruido alrededor de su nombre. Lo que los seduce es el carácter enciclopédico de su síntesis. Pero resulta lamentable cuando se lo compara con los trabajos de Hegel. […] ¡Y ese positivismo vulgar aparece en 1832!». < <

[11] Es un clásico: para entender un pensamiento partimos de la definición del término al cual se refiere. Pero no es algo que siempre funcione. Hay quien piensa que nunca funciona y que la mejor forma de deformar un pensamiento es justamente encerrarlo en la rigidez de una definición. Y si hay una cosa que a Comte le gusta, es la rigidez. Para poder analizar los costes y los beneficios de las definiciones, deberemos entender en detalle qué es una definición, a qué objetos se puede aplicar y a cuáles no. Pero no haremos nada de esto, o al menos de momento. Por ahora limitémonos a observar que cuando definimos el término «positivismo» hacemos solamente una de las cosas que podemos hacer, nada más. Y es justo esto lo que hace Comte. < <

[12] Comte, A., *Discurso sobre el espíritu positivo*. < <

[13] Wittgenstein, L., *Tractatus logico-philosophicus* en P. Strathern. *Wittgenstein en 90 minutos*. Ed. Siglo XXI, 2015. < <

[14] Las causas en cuestión son las causas primeras (o últimas, según se mire) que se presentan como principio explicativo universal y necesario para dar sentido a todas las cosas. Dios es una causa primera. Espacio = velocidad × tiempo es una ley. La ley expresa una conexión constante entre los fenómenos y entre los aspectos (mesurables) de los fenómenos. En nuestro caso, dicha ley establece la relación constante que puede comprobarse con el movimiento recto y uniforme entre el espacio recorrido y el tiempo necesario para recorrerlo: esta relación se llama velocidad. La cita proviene del *Discurso sobre el espíritu positivo*. <<

[15] Comte, A., *Discurso sobre el espíritu positivo*. < <

[16] Comte, A., *Discurso sobre el espíritu positivo*. < <

[17] Mill, J.S, *Auguste Comte y el positivismo*. < <

[18] Wittgenstein, L., *Tractatus logico-philosophicus*: «Todo lo que puede ser pensado, puede ser pensado claramente. Todo lo que puede ser expresado con palabras, puede ser expresado claramente». < <

[19] Taine, H., *Journal des Debáts*, París, 6 de julio de 1864. < <

[20] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. < <

[21] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[22] El sabio es Karl Popper. Su duda es la siguiente: ¿cómo puedo comprobar la validez universal de una ley? No puedo. Las teorías científicas no pueden verificarse porque la validez de una ley universal busca el control de todos los casos (pasados, presentes y futuros) que intenta explicar, pero estos casos son infinitos y, por lo tanto, no se pueden verificar todos. < <

[23] Según E. Cassirer, el objetivo del conocimiento para Comte no consiste en determinar los hechos, sino en formular leyes. < <

[24] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. < <

[25] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. < <

[26] Bacon, F., *Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre*: «natura nonnisi parendo vincitun» («la naturaleza no se vence más que obedeciéndola»). <<

[27] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[28] M. Monroe. < <

[29] Citamos un fragmento del discurso a la humanidad de Chaplin en *El Gran dictador* como síntesis y ejemplo de los riesgos y los abusos que se pueden dar cuando se usan la ciencia y la técnica como instrumentos de poder, pero al mismo tiempo tampoco debemos olvidar los posibles beneficios derivados de la investigación y los descubrimientos: «En este mundo hay sitio para todos, la buena tierra es rica y puede alimentar a todos los seres, el camino de la vida puede ser libre y hermoso. Pero lo hemos perdido. La codicia ha envenenado las almas, ha levantado barreras de odio, nos ha empujado hacia la miseria y las matanzas. Hemos progresado muy deprisa, pero nos hemos encarcelado a nosotros; el maquinismo que crea abundancia nos deja en la necesidad; nuestro conocimiento nos ha hecho cínicos; nuestra inteligencia, duros y secos. Pensamos demasiado y sentimos muy poco. Más que máquinas, necesitamos humanidad. Más que inteligencia, tener bondad y dulzura. Sin estas cualidades la vida será violenta, se perderá todo. Los aviones y la radio nos hacen sentir más cercanos. La verdadera naturaleza de estos inventos exige bondad humana, exige la hermandad universal que nos una a todos nosotros. Ahora mismo mi voz llega a millones de seres en todo el mundo, a millones de hombres desesperados, mujeres y niños». < <

[30] Miyazaki, H., *El viento se levanta*. < <

[31] Husserl, E., *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. < <

[32] Nietzsche, F., *En torno a la voluntad de poder*. <<

[33] Nietzsche, F., *En torno a la voluntad de poder*. <<

[34] Quien escribe no insinúa por nada del mundo que los hechos no existan, y aún menos que solo existan las interpretaciones. Lo que se pone en duda es que los hechos, y la consecuencia de los hechos, existan en los términos que Comte propone. < <

[35] La Paradoja del observador fue formulada en 1972 por el lingüista estadounidense William Labov. <<

[36] Entre las evidencias indiscutibles menos evidentes y más discutibles, consideramos, por ejemplo, los axiomas que presentan (sin definirlos) los elementos geométricos fundamentales; el punto, la línea y el plano. El punto no tiene dimensiones, pero un número infinito de puntos forma un recta con una longitud, e infinitas rectas de una sola dimensión forman un plano bidimensional. ¿Cómo puedo obtener una longitud de elementos sin longitud? Si sumo tantas longitudes iguales a cero, el resultado será cero. Lo mismo vale para la idea de establecer un plano con dos dimensiones mediante un conjunto de elementos de una sola dimensión. Estamos acostumbrados a verlo como obvio, pero es, al menos, un poco dudoso. <<

[37] La *prueba por contradicción* consiste en negar la tesis que se quiere demostrar para así deducir unas consecuencias que resultan contradictorias. Si la negación de la tesis es falsa (porque se llega a conclusiones absurdas o imposibles), entonces debemos admitir la veracidad de la tesis. Es justo lo que hace el matemático italiano Saccheri para demostrar el quinto postulado de Euclides: mostrar como su negación conlleva una incongruencia contradictoria. <<

[38] Poincaré, J.H., *La ciencia y la hipótesis*. < <

[39] Si bien la hiena ríe, los simios y algún que otro perro parecen tener la capacidad única de curvar los labios hacia arriba, aunque no lo podemos llamar una sonrisa: «Una boca sonriente solo sonríe en un rostro humano» (Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*). < <

[40] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[41] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[42] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[43] Para una lectura más profunda (honesta pero no imparcial) de las condiciones del fabricante de agujas, véanse las páginas sobre la alienación del trabajo de los *Manuscritos económico-filosóficos* (1844) de Marx. Para una elegante representación sobre la misma cuestión, véase *Tiempos modernos* de Chaplin. < <

[44] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. < <

[45] Un poco de sana polémica mantiene el pensamiento despierto, pero polemizar sin sentido es, simplemente, hacer por hacer. Para que una crítica sea eficaz, primero debe ser fácil de comprender. Comprender todos los elementos en juego y los motivos que los justifican. Un buen modo de leer un filósofo es leerlo dos veces. La primera vez partiendo de la premisa de que todo lo que dice es verdad y la segunda asumiendo que todo es falso. Primero entendemos los motivos por los cuales es lógico sostener ciertas posiciones y luego los entendemos mejor porque buscamos dónde refutarlos. < <

[46] Montesquieu, *El espíritu de las leyes*: «Las leyes son las relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas». < <

[47] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. < <

[48] Se refiere a Napoleón, «un hombre casi extranjero en Francia, proveniente de un pueblo atrasado y con una desmesurada ambición que lo devora». Su falta es la misma que la de los trágicos héroes griegos: *ubris*, arrogancia. Este no ha entendido el espíritu de su tiempo y, sin pensar, ha intentado poner patas arriba el orden. Y ha fallado. Ha querido restaurar un régimen ya caduco, ha lanzado Francia a la conquista de Europa, ha querido imponer la Revolución francesa a los pueblos de Europa y, al final, no ha servido para nada: «el soberano que se engaña sobre la naturaleza de su época, al final su legado no perdura». < <

[49] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[50] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[51] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. <<

[52] John Stuart Mill, bendecido con el don de la claridad conceptual, nos lo explica: «Al rechazar la metafísica, Comte no se priva de analizar y criticar algunos de los conceptos abstractos del pensamiento. Condena la costumbre de concebir estas abstracciones mentales como entidades reales, que pueden ejercer poder y producir fenómenos, y cuyos enunciados pueden considerarse como una teoría o la explicación de unos hechos». < <

[53] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. < <

[54] De Andró, F., *Il bombarolo*. < <

[55] La expresión fue acuñada por Franco Ferrarotti, estudioso de la sociedad y sociólogo: «Vivimos en tiempos que parecen la venganza póstuma de Comte. El físico nuclear, el ingeniero, el técnico especializado han salido del círculo estrecho del laboratorio de investigación y son los nuevos “héroes” los protagonistas de un nuevo tipo de culto. […] La ciencia ya no puede considerarse como un hecho individual, como el trabajo misterioso, entre práctica esotérica y brujería, del genio solitario, sino como un instrumento muy potente de análisis y de transformación social. […] La ciencia se muestra tal y como es: un proceso público, la nueva base del consenso social». <<

[56] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[57] Si hiciéramos una votación para elegir a la ciencia con el tema más sencillo, quizás las matemáticas no ganarían por unanimidad, pero es solo un malentendido terminológico. La mitad de las disputas filosóficas lo son. «Sencillo» no significa fácil, sino «general», «abstracto»: «La primera [ciencia de la clasificación] trata los fenómenos más generales, más sencillos, más abstractos y más lejanos con respecto a la humanidad. Los fenómenos considerados en último lugar son, al contrario, más especializados, más complicados, más concretos y más directamente interesantes para el hombre». (Comte, A., *Curso de filosofía positiva*). <<

[58] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. < <

[59] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[60] Spinoza, B., *Tratado político*: «non ridere, non lugere, neque deterstari, sed intelligere» («No reír, ni llorar, ni compadecerse, sino comprender»). < <

[61] Ya hemos vivido algún momento de perplejidad al hablar del ideal de un análisis cándido de tipo teórico y puramente objetivo. Si de verdad existe una naturaleza humana, la tendencia al juicio objetivo no forma parte de ella. <<

[62] En la física no social (alguien podría decir que es la única física que de verdad existe) la estática y la dinámica son, junto a la cinemática, partes de la mecánica, del estudio del movimiento de los cuerpos. En especial, la estática se encarga de las condiciones de equilibrio de los objetos, la dinámica describe el movimiento de estos (sin buscar sus causas) y la cinemática estudia las relaciones entre el movimiento y las causas que lo producen. Por lo que parece, Comte no es el único que tiene el poder de clasificar las ciencias. < <

[63] Comte, A., *Système de politique positive*. <<

[64] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. < <

[65] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[66] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[67] Mill, J.S., *Auguste Comte y el positivismo*. < <

[68] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[69] Aron, R., *Las etapas del pensamiento sociológico*. <<

[70] Comte, A., *Système de politique positive*. <<

[71] Comte, A., *Curso de filosofía positiva*. <<

[72] Podríamos decir simplemente «desencanto», pero ya sabemos que a los filósofos les encanta complicar un poco las cosas, y si no usan de vez en cuando alguna palabra menos usual, no están contentos. En filosofía no existe «desencanto» ni «inicio», los filósofos hablan de «desencantamiento» y de «comenzamiento». Por fuerza, «desencanto» e «inicio» no pueden expresar la sorprendente complejidad del significado que entraña un pensamiento tan profundo. «Desencantamiento» y «comenzamiento» sí que lo reflejan. < <

[73] Di Gíovanni, P., *Che cos'è il Positivismo?* < <

[74] Se necesita, si admitimos la validez de las premisas: que todo hombre necesita amar, que el objeto del amor que necesita es trascendente, y que la religión tiene la exclusiva sobre la trascendencia, sobre el amor y sobre el amor por la trascendencia. < <

[75] Comte, A., *Système de politique positive*. <<

[76] Aron, R., *Las etapas del pensamiento sociológico*. «La religión de Comte no enseña a amar a una sociedad respecto a las demás, o a amar el orden social del futuro que nadie conoce y en cuyo nombre se empieza la exterminación de los escépticos. La religión de Auguste Comte no quiere que amemos a la sociedad francesa actual, ni a la rusa del mañana, ni a la estadounidense del futuro más lejano, sino a la excelencia de la que han sido capaces algunos hombres y hacia la cual todos los hombres deben dirigirse.» < <

[77] Por aquel entonces capital de la Prusia oriental, Königsberg (actual Kaliningrado) se encuentra en Rusia, en el mar Báltico. Königsberg aparece en todos los manuales de filosofía gracias a Kant. Lejos de querer presentar un conjunto de reglas o definir los contenidos de la ley moral, Kant nos invita a reconocer la finalidad de nuestras acciones en favor de la dignidad humana. Nuestro semejante debe ser el objetivo de nuestras relaciones y no el medio para nuestros objetivos. < <

[78] John Stuart Mill tiene la misma opinión: «Entre el deber y la culpa existe un espacio intermedio que es el del mérito positivo. Se trata de una forma de altruismo para todos, más allá de la cual encontramos un grado que no es obligatorio, sino meritorio. Si además de cumplir con tus obligaciones, algunos hombres hacen del bien a los otros un elemento central de esfuerzo desinteresado y posponen o sacrifican para ello cualquier deseo que tengan, estos merecen agradecimiento y gloria y serán objeto de reconocimiento moral». <<

[79] El catolicismo es un buen ejemplo de la hipótesis que hemos planteado. Admite dos niveles de deber: uno para la salvación y uno para la santidad. <<

[80] Puede consultarse la fecha en el calendario positivista en positivists.org/calendar.html <<

[81] *Lettres à M. de Tholouze*, en *Correspondance inédite d'Auguste Comte* (1851). < <

[82] Si Francia parece no oír las palabras del sumo pontífice del positivismo, al otro lado del océano el culto positivista recibe una calurosa acogida (ya hemos visto el éxito en Brasil). Pero, si buscamos bien, también en la vieja Europa encontramos alguna voz de aceptación; en Inglaterra, por ejemplo, se forman algunas (pocas) comunidades religiosas de «experimentación positivista» que perduran algunas décadas. < <

[83] Gabbiadini, S, y Manzoni, M., *L'epistemología positivistica e la sua crisi*, en «La biblioteca dei filosofi». < <

[84] Poincaré, J.H., *La ciencia y la hipótesis*. < <

[85] En 1905 Einstein presenta la teoría de la relatividad en el ensayo *Electrodinámica de los cuerpos en movimiento* y en 1916 publica *Los fundamentos de la relatividad general*. <<

Índice de contenido

Cubierta
Un pensador sistemático
Vida, obras y contexto: una existencia trabajada

Los estudios en la École Polytechnique y las turbulencias revolucionarias
Publicaciones (desafortunadas) y amores (terminados)
El último amor y el último Comte

La doctrina de la ciencia: «ciencia, de donde previsión; previsión, de donde acción»

¿Qué es el positivismo?

Elogio de la claridad

El método de investigación

Optimismo y desencanto: costes y beneficios del progreso científico-técnico

Científicos y pensadores, alegrías y tristezas

Los observadores molestos
Comte y Euclides

La filosofía de la historia: la ley de los tres estados

Cuestiones preliminares: Europa en crisis
Las formas del devenir histórico

¿Ilustración positivista?

La ley de los tres estados
Puntos problemáticos y advertencias críticas de prevención

Un espíritu ordenado: la enciclopedia de las ciencias

Introducción al tema: ¿por qué debemos ocuparnos de ello?
La clasificación
El vértice de la pirámide: la sociología

La debilidad por las matemáticas

Sociedad positiva y libertad de pensamiento

El origen de la filosofía: maravilla y desencantamiento

La religión positiva: el culto de la humanidad

El objeto de la creencia y la norma de conducta

De la cuna a la tumba: los nueve mandamientos positivos

Jerarquías

Un calendario sin Dios

Conclusión
APÉNDICES

Obras principales

Principales traducciones en español
Selección de obras sobre Comte en español

Cronología
Notas

Hitos

Portada

Texto
Página de título
Créditos